
3 1761 09372914 3

R. MONNER SANS
C. de la R. A. de la Historia; de las de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona
y de la de Artes Nobles de Aragón

DON JUAN RUÍZ DE ALARCÓN

EL DRAMATURGO. EL MORALISTA

CONFERENCIAS DADAS EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES EN 1914

De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo XXXI

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE PERÚ — 684

1915

DON JUAN RUÍZ DE ALARCÓN

EL DRAMATURGO. EL MORALISTA

Al erudito hispanista
Mr Milton A. Buchanan
amistoso recuerdo de

R. MONNER SANS
C. de la R. A. de la Historia, de las de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona
y de la de Artes Nobles de Aragón

DON JUAN RUÍZ DE ALARCÓN

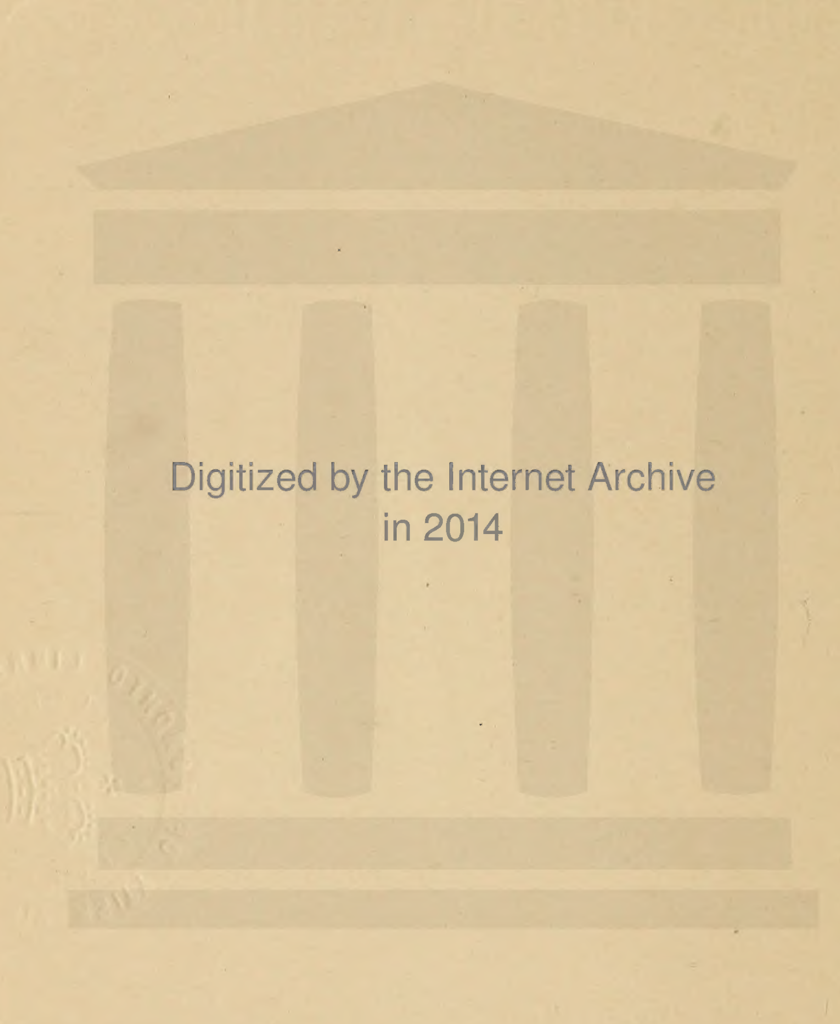
EL DRAMATURGO. EL MORALISTA

CONFERENCIAS DADAS EN EL COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES EN 1914

De la Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo XXXI

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE CONI HERMANOS
684 — CALLE PERÚ — 684

1915



A LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES.

Á semejanza de los antiguos que acostumbraban á poner bajo la sombra de excelso pabellón el fruto de su literaria labor, así yo, modesto divulgador de dramáticas bellezas, busco al arrimo de esa docta Corporación, silencio para mis yerros ya que no aplausos por el acierto.

En el presente trabajillo, como en el anterior referente a don Guillén de Castro, más que de pulido artífice, quise dar muestras de laborioso minero, desentrañando de la veta dramática de don Juan Ruíz de Alarcón el oro de sus filosóficas sentencias. Harto sé que mano más experta lo hubiera pulido y aun repujado para que más atrayente á la vista, por ella, con mayor facilidad penetrara en las almas, y que, tal como van los auríferos granitos habrán de pregonar dos cosas sobrado distintas, la pureza del metal, y la torpeza de quien no acertó á bruñirlo mejor para que más deslumbrara.

Así y todo, dígnese ese Claustro Universitario aceptar este modestísimo trabajo, y sepa, que á fuer de agradecido, elevará votos al cielo por el ensanche de sus aledaños científicos y literarios.

R. MONNER SANS.

Agosto de 1915.

DON JUAN RUÍZ DE ALARCÓN

EL DRAMATURGO. EL MORALISTA

PRIMERA CONFERENCIA [1]

PROEMIO PERTINENTE

«Apuestamente tuuieron por bien los Antiguos... e por ende ordenaron, que assi como en tiempo de guerra aprendiessen fecho de armas por vista o por prueua, que otrosi en tiempo de paz la prisiessen por oyda, por entendimiento. E por esso acostumbrauan los Caualleros, quando comian, que les leyessen las Estorias de los grandes fechos de armas, que los otros fizieran, e los sesos, e los esfuerços que ouieron, para saberlos, e acabar lo que querian.

. . . .

E esto era, porque oyendolas, les crescian las voluntades, e los corazones, e esforçauanse, faziendo bien, e queriendo llegar a lo que otros fizieran, o pasaran por ellos.» (Ley XX del título XXI de la Partida segunda del Rey Sabio.)

Y á intento semejante puse la mira al componer este trabajillo: recoger sana doctrina, aventarla para que al esparcirla penetre en el alma de todos, y especialmente de la juventud, á fin de que los sanos consejos en él agrupados arraiguen en su mente; sean gomecillos de su voluntad, y creciendo en su corazón, les esfuercen á ha-

(1) Leída el 20 de agosto de 1914.

cer bien, no sólo en provecho propio sino de la patria argentina, que á mayor altura llegará si sus hijos son dechado de prudencia y de virtud.

Señores:

Temo que siendo raquítica y desmedrada la planta de mi entendimiento, salga el fruto, á pesar de mi empeño en sazonarle, insípido y desabrido, que no basta la buena voluntad para que lo pequeño alcance lugar elevado y se encarame á las alturas lo que nace en la humilde llanura de escondido valle.

Hablar quiero de un dramaturgo, excelso á toda luz, y bien confieso, sin que á ello se me obligue, que si la magnitud del tema llenó el cerebro de perplejidades, vuestra ya demostrada benevolencia, harto puesta de manifiesto el año anterior, dióle alientos á mi buen deseo. Abroquelándome tras de ella, y sin más preámbulos, que no aspiro á ser robador de tiempo, entro en materia.

Figura en primera línea, entre los ingenios que mayor brillo han dado á la escena española, en aquél portentoso siglo áureo y deslumbrador, don Juan Ruíz de Alarcón y Mendoza, que á España fué desde Méjico, su patria, llevando en su cerebro, cual en urna preciosa, las joyas del clarísimo talento con que más tarde engalanar debía sus geniales producciones. Prestóle América la exhuberante variedad de sus luces; los contratiempos de su familia, los propios, y aun los de su protector don Luis de Velasco, la seriedad necesaria á sus composiciones; el mar, cruzado en épocas en que el solo anuncio de su paso infundía pavor en ánimos varoniles, dióle, sin duda, profundidad á su pensamiento; y en Sevilla primero y en Madrid después, terminóse la modelación de su temperamento artístico; que si la perla del Guadalquivir enriqueció su mente de afiligranados conceptos, si su amistad en ella con el Manco de Lepanto le dió la clara noción del arte teatral, la ya histórica capital de España, refugio y centro de literatos y terreno Parnaso de inspirados poetas, acabó de fijar de modo definitivo la dramática vocación del insigne mejicano.

El teatro no sólo estaba ya creado cuando Alarcón llegara por segunda vez á España, sino que gozaba de vida tan robusta, que aun palpita no sólo en el solariego coliseo, sino que transponiendo

fronteras y surcando mares echó profundas raíces en pueblos diversos; que no es difícil encontrar ecos de él, no ya en los países de hablas románicas, sino en la patria de Shakespeare y en la del inmortal Goethe : no va tan descaminada la sospecha de que el *Korl Mohr* de *Los bandidos* de Schiller, reflejo sea del indomable *Ramírez* de *El tejedor de Segovia.*

El carácter indómito y bravío del protagonista de esta obra pónese de relieve en diversas ocasiones, y al heroísmo llega, recordando á Mucio Scévola, cuando en la escena III del acto III no vacila en quemarse las manos para que las llamas que las besan rompan las ligaduras que las aprisionan. Vaya el monólogo como primer descanso de lo que, á juzgar por el material acumulado, ha de ser *conversación* larga y fatigosa:

¡Dadme favor, santos cielos!
que mientras hablan, dispongo
que el fuego de este velón
me dé remedio piadoso,
aunque las manos me abrase;
que si las desaprisiono,
hechas cenizas los lazos,
han de hacer del fuego propio
en que ellos se abrasen, rayos
con que á mis contrarios todos
fulmine mi ardiente furia.

(Se llega de espaldas á la mesa donde está el velón.)

Elemento poderoso,
esfuerza la acción voraz
tú, que los húmedos troncos,
los aceros, los diamantes,
sueles convertir en polvo.
¡Ah! ¡Pese á tu actividad!
todo me abraso, y no rompo
los lazos. Fuego enemigo,
¿dánte pasto más sabroso
mis manos que esas estopas
que te suelen ser tan propio
alimento? Ya estoy libre *(Se desata)*

Agora si cuantos monstruos
de Egipto beben las aguas,
pacen de Hircania los sotos
se oponen á mi furor
los haré pedazos todos.

Grito sublime de coraje que bien recuerda los de *Prometeo* en la caucásica roca, ó los de *Segismundo* que á ser libre,

sobre cimientos de piedra
pusiera montes de jaspe (1).

Tenia, pues, que luchar, el sobresaliente autor mejicano, con competidores de la alteza de Lope, Tirso, Guillén de Castro, Castillo Solórzano, Mira de Amescua, y de tantos otros que con sus caballerescos argumentos atraían á multitudes que llenaban patios y cazuelas; rivales suyos debían ser los que subyugaban al pueblo lírico y soñador, si valiente y aventurero, con los cadenciosos versos de *La estrella de Sevilla*, de *El vergonzoso en palacio*, las regocijadas escenas de *Don Gil de las calzas verdes*, ó las valientes rimas de *Las mocedades del Cid*: tanto y tan encumbrados que hasta pudo sospechar, aun antes de dar sus primeras pasos por senda, si gloriosa bordada de malezas, los sinsabores que sus aciertos podían acarrearle; que fueron en todo tiempo las humanas pasiones mar tenebroso en que se ahogan no pocos navegantes.

No entra en mi plan, y menos después de conocida la substanciosa obra del señor Fernández Guerra y Orbe (2), biografiar al sin par mejicano, afortunado competidor de los más insignes dramaturgos de su tiempo, para quien sólo tuvieron sus contemporáneos diatribas é insultos, groseros chascarrillos como el de Juan Fernández, que no me avengo á transcribir para no contribuír á su popularidad. De prudentes es correr un velo á las pequeñeces humanas, no ya á la de tan desgraciado corregidor, sino á las más lamentables por caer de mayor altura, de Quevedo, Lope de Vega (3),

(1) *La vida es sueño*, acto I, escena III.

(2) Don Luis Fernández Guerra y Orbe, *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Obra premiada por la Real Academia Española. Madrid, 1871.

(3) En su *Laurel de Apolo*, 1628, sin embargo la ensalzó

Moltaván (1), Suárez de Figueroa, etc., etc. (2). Pasemos por sobre ello la piadosa esponja del olvido, y dejando á un lado datos y fechas, á traducir voy en real el intento de bosquejar la figura dramática y moral del ilustre autor de *La verdad sospechosa*.

Alarcón demostró al morir, anticipándose á la sangrienta frase: «calumnia que algo queda», que las diatribas contra él injustamente lanzadas, habían hallado eco en el seno de aquellas sociedades, ya que murió el 4 de agosto de 1639 (3), solo, sin familia, sin que flores cubrieran su ataud, sin que se tejiera en su honor, según costumbre, la corona poética que alcanzaban autores de modesta producción y precario estro.

Trabemos primero conocimiento con el hombre, á fin de poder juzgar con mayor acierto su labor dramática y moral.

Que fué su genio apacible y su temperamento poco amigo de las discusiones á que tan aficionados se mostraban sus contemporáneos, lo prueba el hecho de que no se aviniese á contestar en el mismo tono á los ataques que se le dirigían. Cierto que en varias de sus obras se hallan alusiones más ó menos veladas á los sinsabores que amargaron su vida: mas cierto es también, que estas mismas alusiones no son violentas quejas del alma herida por humanas injusticias, sino resignados lamentos que del sér más perfecto se escapan ante los apasionados ataques de la envidia. Ahí están sus comedias para probar que hay en ellas ahogados gritos de dolor, no roncos alaridos de coraje. Y aun aseguran más; y es que su inmenso talento comprendía que ni él fué el primero en padecer los rigores de la injusticia, ni había de ser el último, por cual razón, sus sentencias, sus quejas, sus lamentos, más que personales son humanos.

(1) No obstante escribió en *Para todos*, hablando de las comedias de Alarcón. «Las dispone con tal novedad, ingenio y extrañeza que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender: que después de haberse escrito tantas, es gran muestra de su caudal fertilísimo».

(2) Entre estos etcéteras podemos poner á Góngora, Antonio de Mendoza, Vélez de Guevara, Mira de Amescua, Tirso, Salas Barbadillo, Castillo y Solorzáno y Alonso Pérez Marín. No he encontrado noticia de que le satirizara Guillén de Castro.

(3) Don José Pellicer y Tovar, en los *Avisos* publicados en el *Semanario erudito*, tomo XXXI, pág. 57, dice al apuntar los acontecimientos notables del día 9 de agosto de 1639: «Murió don Juan Ruíz de Alarcón, poeta famoso, así por sus comedias, como por sus corcobas y relator del Consejo de Indias.»

Tres citas bastarán, pienso, para patentizar la verdad de lo afirmado.

En *Los pechos privilegiados* dice:

Culpa á aquél que de su alma
olvidando los defectos
graceja con apodar
los que otro tiene en el cuerpo.

Y más adelante agrega:

Dios no lo da todo á uno
que piadoso y justiciero
con divina providencia
dispone el repartimiento.
Al que le plugo de dar
mal cuerpo, dió sufrimiento
para llevar cuerdamente
los apodos de los necios (1).

En *No hay mal que por bien no venga* se queja de que le hurtaran comedias (2) y en *Las paredes oyen* bien puede suponerse que se retrató cuando dice:

¡Cómo podrán
dar esperanza al deseo
de un hombre tan pobre y feo
y *de mal talle.* Beltrán! (3)

El detenido estudio de la vida y hechos conocidos de este autor, han engendrado en mi cerebro la sospecha de que su carácter fué sufriendo al correr de los años variación profunda.

Viviendo en Sevilla, concurrió á un torneo literario apellidándose él mismo *Don Floripando Talludo, príncipe de Chunga,* por decir sus amigos que siempre estaba de buen humor.

(1) Acto III, escena III.
(2) Acto II, escena VIII.
(3) Acto I, escena I.

Joven, pues por entonces tendría unos 25 años, íntimo amigo de Cervantes — 1606 al 1608 — repleto su cerebro de ensueños é ilusiones, y no habiendo aun sufrido los arañazos de la suerte, lógico era que fuese alegre su carácter y amigo de diversiones y de chunga : pero vuelve á Méjico, pasa allí algunos años, regresa á España y va á Madrid, que por su fama le atraía, y comienza entonces para él la lucha, lucha con los del gremio, lucha con los cómicos, lucha con los que por su alcurnia debían alentarle y favorecerle : y templado por el dolor, su carácter sufre profunda transformación : no se avinagra, pero se concentra, se aisla, se hace más circunspecto y retraído, en una palabra, más serio y más reflexivo, seriedad y reflexión que han de brotar luego de los puntos de la pluma al dar á la escena sus veintiséis comedias. ¡Cuán cierto que la desgracia, y si no se quiere la desgracia, las contrariedades de la vida, escuelas son donde aprende el hombre sensato la difícil ciencia de vivir en paz con Dios y con su propia conciencia!

Un grito, uno solo, de dolorido orgullo se escapa de su alma al dar á luz en 1628 la parte primera de sus comedias. Después de decir en la dedicatoria á don Ramiro Felipe de Guzmán, que necesitan defensa ya que « tal es la envidia que la han menester », se encara con el vulgo, y altivo, con la arrogancia que sólo disculpa el positivo valer, le dice :

« Contigo hablo, bestia fiera, que con la nobleza no es menester, que ella se dicta más que yo sabría. Allá van esas comedias : trátalas como sueles, no como es justo, sino como es gusto ; que ellas te miran con desprecio y sin temor, como las que pasaron ya el peligro de tus silbos, y ahora sólo pueden pasar el de tus rincones. Si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas ; y si no, me vengará de saber que no lo son, el dinero que te han de costar. »

Esta es la única vez en que el famoso dramaturgo se hiergue contra la envidia y la calumnia, y como si se anticipara al porvenir, adivina que sus comedias han de representarse en lo futuro, que bien vale una profecía la confianza de que ese vulgo ha de gastar dinero para escuchar sus comedias.

De decir acabo que trató con intimidad al príncipe de nuestros ingenios, al inmortal autor de *Don Quijote*, y bien puedo aventurar la idea de que en el capítulo cuarenta y ocho de la primera parte de la citada novela, halló la confirmación de lo que estudiara

en los *comediógrafos* griegos y latinos y en especial de Terencio — á quien cita en *Todo es ventura*. Dice Cervantes:

«... de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada saldría el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchara por rústico y torpe que sea.»

Verdad, ya que gusto de dar á cada cual lo suyo, que Juan de la Cueva había dicho en la epístola dedicatoria de la *Primera parte de las comedias y tragedias*, que « la comedia es la imitación de la vida humana, espejo de costumbres, retrato de la verdad, en la que se nos representan las cosas de las que debemos huír ó las que debemos escoger», pasaje que es lógico creer conocería Alarcón cuando se aventuró á penetrar en el templo de Talía.

La musa dramática de nuestro autor, se presenta, como las musas todas, aprisionada por el ingenio, no pocas veces voluble y movedizo; tanto que media un abismo entre *Las paredes oyen*, comedia de verdadera tendencia social, y *El anticristo*, comedia teológica, abismo que sólo puede salvarse pasando por el puente de dramas heroicos, tales, como *Próspera fortuna de don Álvaro de Luna*: lo que equivale á decir que cultivó todos los géneros dramáticos, y si bien, repito, su inspiración se paseaba triunfante siempre por los campos entrevistos por su fantasía, donde más su musa se holgara y complaciera fué en la comedia de costumbres, siendo por su afición al análisis psicológico, el verdadero creador de este género dramático. En él se muestra Alarcón tal cual era, profundo conocedor del corazón humano, poeta siempre feliz, oportuno y correctísimo, y tan preciso que en no pocas situaciones logra, como el coloso Shakespeare, bosquejar con una sola frase un carácter.

Resplandecían, como he apuntado ya en la española escena cuando á ella se presenta el genial mejicano, astros de potente luz, y la señoreaban con imperio porque reflejaban muy al vivo el carácter de los españoles de aquellas edades, creyentes hasta el fanatismo, caballerescos hasta la exageración, amicísimos de pomposas galas retóricas, y aficionados hasta lo que nos parece hoy demasía, á intrigas y enredos que llegan con frecuencia á las lindes de lo milagroso, de lo no soñado, de lo sobrenatural. Las exageraciones del honor —

que estrema luego hasta lo inverosimil Calderón—de la fe, de la hidalguía y del amor, préstanse á sonoras declamaciones poéticas que cual cascada de perlas caían sobre el bullicioso patio, sonando al oído de los concurrentes como acordada música impulsora de nuevas hazañas y de proezas nuevas. De la moral, de la salvadora moral ¡quién se acuerda!

No era, pues, el teatro, antes de la aparición en él del inspirado americano, escuela de costumbres; reflejaba las existentes sin pretender corregirlas: sólo en asuntos de fe se encuentran graves ejemplos, no pocos fuera de la realidad de la vida, y aun los dramaturgos de más nota, clérigos casi todos, muéstranse en asuntos de amor en exceso tolerantes cuando no atrevidos y procaces. Ciertos conceptos de Guillén de Castro, del mismo virtuosísimo Tellez, por no citar más que dos, recibidos serían hoy con desagrado por el auditorio menos austero; que en esto siquiera de salvar las apariencias media un abismo entre el siglo XVII y el XX.

Estudiando Alarcón el ambiente, la época y la producción que al público se ofrecía, comprendió que podía servirse de la escena como de cátedra para adoctrinar á las muchedumbres, y á tan nobilísimo empeño consagró las luces de su preclaro talento. Quizás advirtió que para combatir con sus afortunados rivales era forzoso frecuentar camino por ellos no paseado, y á la comedia de costumbres didáctica-moral fué con todas las exquisiteces de su noble corazón, todos los estímulos de su alma pura, todas las filigranas de su bien templada lira; y si bien menos fecundo que el mayor número de sus aplaudidos competidores, escribió con fe ansioso de contribuír al perfeccionamiento ético de aquella sociedad, que al lado de sobresalientes virtudes mostraba defectos dignos de vituperio y flajelación. Las frases que de cuando en cuando pone en boca de personajes de segunda categoría, pregonando van la cabal opinión que tenía de las gentes de su tiempo; y toda su labor dramática, el noble empeño de que en sus comedias prevaleciese el elemento ético sobre el dramático y novelesco, por cual motivo dió tanta importancia á la pintura de caracteres, de tipos humanos que se sustrajesen á sutilezas metafísicas y á bravezas exageradas. Se alejó por propio deseo de exageraciones idealistas para rendir culto á la realidad; quiso que sus personajes fuesen hombres, no soñadores.

Como todos los autores de su época, Alarcón no clasificó sus obras ya que por aquellos años no se conocía lo que dió en llamarse hoy *teatro de tesis*. Sólo se escribían comedias, y éstas se dividían en dos clases: las de capa y espada y las de historia, religiosa ó profana, y en tan estrecha nomenclatura, y habida cuenta de que los escritores todos no tenían más miras que cultivar la poesía y entretener al público, sin aspirar al título de filósofos, cabía todo, así el drama como la tragedia, ya la comedia fantástica como *Quien mal anda, mal acaba*, ya la de carácter tal como *La verdad sospechosa;* bien la histórica como *Los favores del mundo,* bien la de simple enredo como *Los empeños de un engaño.*

Mas como cada autor, aún pretendiendo ocultarlo, se retrata en sus obras, y un detenido estudio de su labor logra mostrarle tal como fué, intelectual y moralmente, analizando la producción dramática de Alarcón se le ve ora político, ora social, ya galante, ya mordaz, á veces ingenuo, en otros cazurro, pero siempre, y por cima de todo, eminentemente humano, gran conocedor del corazón y severo moralista. cualidades suficientes para que podamos colocarle en las más suntuosas cámaras del inmortal templo de la gloria. Y á tal punto quiso adoctrinar, que Hartzembusch no tiene reparo en escribir de Alarcón lo que sigue, frases que á mi entender encierran la alabanza más cabal que he leído de tan predilecto autor.

« En el templo de Talía sólo él descuella como campeón de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza de toda virtud. »

¿Por qué sus contemporáneos no le aplaudieron como merecía, y por qué la crítica moderna le ha colocado al lado de los tres grandes dramaturgos del siglo de oro?

El teatro de entonces nos muestra que los galanes eran tiernos, las mujeres dadivosas, los criados retóricos y charlatanes (1); que el público gustaba mucho de interminables discreteos y era poco amigo de escuchar consejos; de suerte, que al parangonar el astro que se levantaba con los que ya brillaban con luz propia en el cielo del arte dramático, resultaba Alarcón en exceso grave, sus criados

(1) Cervantes se habia burlado de que saliera « un viejo valiente, un mozo cobarde, un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapán, y una princesa fregona». (*Don Quijote*, parte I, capítulo CLVIII).

demasiado comedidos, breves sus diálogos, y si sus galanes eran menos caballerescos que los de Tirso, sus damas no tenían por lo general los tiernos arrebatos que con tanta donosura pintaba el incomparable Lope. Alarcón quiso ser un reformador, y sabido es que rara vez alcanzan el aplauso de su generación los que desviándose del camino por todos frecuentado, se lanzan á campo traviesa por los atajos y vericuetos que su fantasía les señala. Y porque es sencillo y natural por temperamento, y es su estilo terso y pulido, y son *verdad* sus personajes, y brillan en sus obras profundos pensamientos y eternas verdades, si muchas de las obras de Lope y de Tirso, de Moreto y de Calderón, y de cien más, arrumbadas han quedado porque sólo muestran lo efímero y fugaz de una época, las más de Alarcón podrían creerse escritas hoy, en que más depurado el gusto, las multitudes inteligentes buscan en el teatro no sólo diversión, sino ideas, enseñanza (1).

Si la crítica vulgar y aún la erudita de su tiempo, no tributaron á Alarcón el justiciero aplauso á que sus obras le hacían acreedor, en cambio, dejando á un lado modestos y tímidos elogios anteriores, desde el primer tercio del siglo XIX son varios ya los que comienzan á apreciar en su justo valor el modesto caudal dramático del célebre americano; y á estudiarle con amor dedicaron largas vigilias críticos peninsulares y extranjeros. Ya resquebrajada la muralla que contra él levantaran la envidia, la pasión y aun prejuicios de escuela, relumbró clarísimo el ingenio del autor de *Los empeños de un engaño,* y desde principios del siglo XIX alzánse voces en España, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en elogio del olvidado maestro, voces tan variadas, potentes y robustas que forman ya simpático coro, que era de cumplida alabanza al fundador de la verdadera comedia de costumbres, al inmortal don Juan Ruíz de Alarcón y Mendoza.

Vaya como simple curioridad la lista de algunos de estos críticos nacionales y extranjeros.

Entre los primeros puedo citar sin seguir orden cronológico: Salvá, Lampillas, Pellicer, Nicolás Antonio, García Suelto, Morón, Gil de Zárate, Francisco Lanini, Amador de los Ríos, Lista, Hartzenbusch, Martínez de la Rosa, Mesonero Romanos, Ochoa, Núñez

(1) Perdónenme los aficionados al cinematógrafo.

de Arenas, Tamayo y Baus, Revilla, García Ramón, González Llana, Fernández Guerra y Menéndez y Pelayo; y entre los segundos á Voltaire, Ferdinand Denis, Fontenelle, Morel-Fatio, Philarete-Chasles, Fabio Franchi, Lemcke, Leopoldo Schmidt, Ticknor, Fitz Maurice-Kelly, Puibusque, Wolf (1). E. Baret, G. Huszar, Petit de Julleville y Conde de Schack. Por cierto que respecto á este último, sorprende que en su conocidísima obra (2), en que campea por lo general sana y acertada crítica, se dediquen pocas páginas al inmortal autor de *La verdad sospechosa*, y lo que es aun más sorprendente que el erudito crítico no parara mientes en la labor filosófica-didascálica de Alarcón. Diríase que su perspicacia crítica, deslumbrada por las llamaradas de Lope y de Tirso, durmióse momentáneamente al tropezar con nuestro autor, para cobrar nuevos alientos con qué hacer detalladamente el recuento de los geniales aciertos, no exentos de sensibles distracciones, del insigne Calderón de la Barca.

Con respecto á la lista anterior, creo inútil advertir que reconozco su insuficiencia, ya que han de ser más, muchísimos más los críticos que en estos últimos tiempos honestaron fecundos ocios estudiando á Alarcón, y dando á la estampa el fruto de sus pacientes desvelos.

No entra, en las lindes del plan que me trazara, analizar todas las obras producidas por este autor, ni siquiera detallar los argumentos de aquellas que, por más felices ó perfectas, suben hoy al tablado escénico para delectación y regocijo de públicos de cultura no estragada. Más reducido el campo de mi crítica, pretendo sacar á luz cuanta filosofía práctica, cuanta sana moral hay en su labor, y á mi intento bastará escoger algunas de sus comedias, recogiendo con parsimonioso deleite la saludable enseñanza en ellas esparcida. Probable es, más que probable, casi seguro, que se pongan tildes y reparos á esta paciente labor, como posible es que los eruditos y los aficionados á bellezas retóricas y á exagerados lirismos, al parangonar mis citas con las de Tirso, de Lope, de Calderón ó de Moreto, echen de menos los hiperbólicos conceptos de que tan rico se mues-

(1) Este autor le dedica 50 páginas, si bien se advierte que en la parte biográfica no conocía la obra de Fernández Guerra.

(2) *Historia del arte dramático en España.*

tra el teatro clásico español. Pero dejando á un lado que sólo quiero detenerme con complacencia en uno de los aspectos del teatro alarconiano, fuerza me es repetir que lo que él quiso, al apartarse de la ruta seguida por sus antecesores y contemporáneos, fué señalar nuevos derroteros al arte escénico español (1) vislumbrando en su clarísimo talento, que la ficción dramática debía ponerse al servicio. no de la poesía meramente idealista, sino de la que tenga por nobilísima base la educación del pueblo. Con tales propósitos, es menester convenir en que el *castigat ridendo mores* fué la divisa del egregio dramaturgo, al bajar al palenque para quebrar lanzas con quienes mostraban las suyas cargadas de coronas y laureles.

Otro mérito tiene el ingenio en quien me ocupo, y es la galanura de la forma, en la que sobrepuja á todos; y es ella tan escultural, tan medida, tan tersa, marca con tan deslumbrante sello el período más brillante de nuestro idioma, corre tan suelto y fácil el verso, que al leerle se enseñorea de modo tal de nuestro ánimo que no se echan de menos ni las ternezas de Lope, ni la simpática malicia de Tirso, ni la fuerza poética de Calderón, ni las sales cómicas de Moreto; el arrobamiento que produce la hermosa defensa de la moral no deja lugar á comparaciones.

¿Quién sino él podía escribir

> Ya los caballos están,
> viendo que salir procuras,
> probando las herraduras
> en las guijas del zaguán (2),

redondilla ésta citada como modelo por varios críticos?

¿Y quién sino él

(1) Algo lograría cuando Hurtado de Mendoza pone en boca de uno de los personajes de su comedia *Más merece quien más ama.*

> En sus comedias contemplo
> que los celebran y admiran
> cuantos juntamente miran
> al deleite y *al ejemplo.*

(2) *La verdad sospechosa*, acto II, escena VII.

Ya el caballo ha descansado
y precursora la noche,
corona de negras sombras
las cabezas de los montes (1),

versos que en *La crueldad por el honor* pone en boca de Zaratán?

¿Querrá decir lo anteriormente expuesto que no hay ternezas, ni filigranas, ni discreteos, ni graciosidades en la lira dramática de Alarcón? No por cierto; lo que se quiso dar á entender con las anteriores afirmaciones, es que usó, no abusó del lirismo tan en moda entre los cultivadores del género.

Vayan unos cuantos ejemplos para demostrar lo rotundo de su versificación, la riqueza de sus poéticas galas y el seductor ropaje con que solía cubrir los más triviales conceptos,

En *La culpa busca la pena*, Doña Lucrecia visita, en la primera escena, á Doña Ana, para advertirla que quien la corteja supo antes adamarla, aviso amistoso que tiende á evitar engaños y á castigar al inconstante. El hermoso romance en que Doña Lucrecia refiere el caso termina con estas valientes palabras:

Más porque haber yo estimado
su pensamiento es probanza
de sus méritos contigo,
el veneno y la triaca
te doy juntos, pues te enseño,
porque pises recatada,
entre las flores el áspid
de su condición ingrata,
Y así por lo que te toca,
te estará mejor, doña Ana,
escarmentar advertida,
que advertir escarmentada.
Por lo que toca á don Juan,
será en tí más digna hazaña
dar castigo á sus engaños
que premio á sus esperanzas:
y por lo que toca á mí,
te mostrarás más humana

(1) Acto I, escena V.

que en hacerle venturoso
en no hacerme desdichada.
Tres años ha que me obliga,
dos meses ha que me agravia;
dos meses ha que te sirve,
tres años que me difama:
piensa, pues eres discreta,
mira, pués naciste honrada,
de mi opinión el peligro,
de mi razón la ventaja,
el despecho de mi agravio,
el exceso de mis ansias,
la locura de mi amor,
y de mis celos la rabia.

En *Los empeños de un engaño,* y como Leonor pregunte á Inés,

¿Quién será este forastero,
que tan falso y recatado
hace con tanto cuidado
de nuestra calle terrero?

contesta la interpelada con estas dos redondillas que bien pueden darse como modelo de refinada galantería:

Desta casa el primer suelo
es primer cielo, señora,
de la luna de Teodora;
y el segundo es cuarto cielo
de tu sol, cuyo arrebol
da al alba perlas que llore;
y no es posible que adore
la luna, si ha visto el sol.

En *El dueño de las estrellas,* comedia á la que habré luego de referirme, advierte Alarcón á sus oyentes, que algo y aun mucho sabe del difícil arte de regir á los pueblos. La escena VIII del acto III, nos lo presenta consumado político y muy deferente con la voluntad popular, idea no tan atrevida como creen los pseudo-historiadores, ya que fué España la cuna de la libertad y el alber-

gue de la bien entendida democracia; y no sólo auscultar quiere al pueblo, sino que va señalando seguros derroteros para que navegue sin escollos la nave del Estado. De tan larga escena, sólo copiaré algunos fragmentos para evitar fatigas.

Dialogan Licurgo y el rey; dice el primero:

De las leyes que he pensado
que al buen gobierno convienen
deste reino, algunas vienen,
señor, en este traslado.

REY

¿Queréis luego publicallas?

LICURGO

Consultar las voluntades
del pueblo en las novedades
es el modo de acertallas;
porque el vulgo interesado,
que tiene el caso presente
descubre el inconveniente
que el superior no ha alcanzado;
y el que emprende novedad
de importancia, antes de hacer
esta experiencia, á perder
se arriesga la autoridad;
que revocar brevemente
lo que ha mandado, es mostrar
que es liviano en revocar,
ó fué en mandar imprudente.

¿Acaso no pueden aplicarse los conceptos encerrados en las anteriores redondillas á no pocos gobernantes de los actuales tiempos? ¿No indican las dos primeras el respeto que debe merecer la opinión pública?

En la misma escena hay otras ideas que no puedo dejar de copiar, ya que intentan resolver problema que ha preocupado, y aun preocupa, al gobierno argentino.

Lee Licurgo lo siguiente que hoy llamaríamos proyecto de ley:

« Que los extranjeros que quisieren avecindarse en este reino, gocen desde luego de las preeminencias de vecinos y naturales. »

¿Cuál es el fin de esta ley? pregunta el monarca, contestando Licurgo :

Que vuestras fuerzas aumente:
que la copia de la gente
hace poderoso al rey ;

y como éste le arguye,

De la gente amiga y propia
se entiende: que de la extraña,
antes sospecho que daña
y es peligrosa la copia,

replica el sesudo legislador :

La extraña, señor, se hace
tan propia por la amistad,
el trato y la vecindad
como lo que en Creta nace ;
porque á darle el tiempo viene
hijos y caudal en ella ;
y no hay más patria que aquella
donde tales prendas tiene.

¡ Qué profunda verdad encierran estos últimos versos, y cómo podemos dar de ella fe los que nacidos en otros países hemos venido á colgar nuestros nidos en los, aunque jóvenes, robustos árboles argentinos !

Quizás porque Alarcón nacido en Méjico se radicó en España, tenía de la patria un concepto mucho más amplio que los que del propio terruño nunca se alejaron; tanto que en *La prueba de las promesas,* dice :

... Patria es aquella
donde tiene amor su bien (1).

(1) Acto I, escena II.

En *La crueldad por el honor*, Zaratán, el gracioso, asolea sanchesco buen sentido al proponer á Nuño varios puntos con que reformar leyes, costumbres ó fueros. Aun cuando todos son intencionados y siempre oportunos, la cortedad del tiempo impone parquedad de citas, por cual razón copiaré tan sólo el siguiente punto, omitiendo su glosa.

Primeramente, porque son los pleitos
peste de la quietud y las haciendas,
pague todas las costas el letrado
del que fuere en el pleito condenado:
pues temiendo con éste el propio daño
dará al principio el justo desengaño;
y las partes con ésto, no teniendo
quien en causas injustas las defienda,
menos pleito tendrán y más hacienda (1).

En *La amistad castigada* escribe contra los desleales. Dionisio encarga á Dión que se finja descontento, para que aquéllos no hallen reparo en descubrirse con él. Las largas advertencias, modelo de cordura y sensatez, terminan con estos versos.

Sólo me resta advertiros,
Dión, que el fin á que mira
este engaño es conocer
la traición, no persuadilla;
porque si es cautela justa
la que el delito averigua,
no es justa la que ocasiona
á emprendello á la malicia.
Y así habéis de procurar
descubrir la alevosía
con medios tan atentados
y razones tan medidas,
que sin irritar sepáis
quién es el que ya conspira:
mas no quien conspirará
si vuestro favor le anima (2).

(1) Acto III, escena III.

(2) Acto I, escena IV.

Como uno de tantos ejemplos de discreteo, puede citarse el siguiente diálogo entre don Juan y Blanca en *La industria y la suerte.*

DON JUAN

Aquí os aguarda, señora,
el más leal escudero;
que pagándole tan mal,
no es poco milagro serlo.

BLANCA

Señor don Juan, siempre vi
que para subir al cielo
del sol, es fuerza encontrar
el de la luna primero.

JIMENO

(ap.) ¿Celos?

BLANCA

Y viendo la noche
correr tanto, dije luego:
á la conjunción del sol
irá á parar como á centro.

DON JUAN

No corriera así la luna,
á no ser forzada á ello;
que ese cielo, primer móvil
la obligó á cursos violentos.

BLANCA

¿Adónde váis?

DON JUAN

Á serviros.

BLANCA

Mirad que sois luna, y temo
que se ha de eclipsar el sol,
don Juan, si delante os llevo

DON JUAN

Quisiera más una blanca

BLANCA

Quedaos aquí.

DON JUAN

Porque pienso
que os canso, y que os serviré
más en quedarme, me quedo
aguardando á que volváis,
si bien que os mudéis no espero (1).

Bella, más que bella magistral, es la descripción que hace de una corrida de toros, en su comedia *Todo es mentira*. En la imposibilidad de copiar, por lo larga, toda la escena, allá van dos fragmentos verdaderas pinturas : una del toro, otra del caballo.

Retrata así el último toro :

Sueltan un toro, medio ya postrero
contra la lucha y cólera encendida ;
era barroso y grande, aunque ligero,
corto de cuello y cuernos, escondida
en un cerdoso remolino fiero
la frente, abierta la nariz hendida,
negro de extremos y de hocico romo,
de negra cinta dividido el lomo.

Y pinta así el caballo :

Va en un rucio andaluz, pisador bello
de grande cuerpo en proporción formado,
al ancho pecho igual el corto cuello,
de alta, corva cerviz hermoseado,
riza la crin, la cola y el cabello;
el breve rostro alegre y sosegado,

(1) Acto II, escena V.

anchas las ancas, de barriga lleno,
presto á la espuela y obediente al freno (1).

¿No recuerda esta octaba *La fiesta de toros* de Moratín?

En *La industria y la suerte,* arremete briosamente contra el gongorismo que iba haciendo presa en todos los cerebros, al exclamar:

¡Con qué estilo tan discreto,
con qué cifras tan agudas,
con qué equívocos tan nuevos
te ha sabido dar favores
y del Sol pedirte celos!
¡Con qué términos tan propios,
tan breves y verdaderos
prosiguió la alegoría
de la luna, el sol y el cielo!
No como algún presumido,
en cuyos humildes versos
hay cisma de alegorías
y confusión de concetos,
retruécanos de palabras,
tiqui-miqui y embeleco,
patarata del oído
y engañifa del ingenio (2).

De *La prueba de las promesas,* es modelo acabado de romancillo el siguiente que pone en boca de Blanca:

Amiga Lucía,
ya triste no puedo
encubrir las llamas
de mi loco incendio.
Mientras no soplaban
contrarios intentos,
oculto en cenizas
reposaba el fuego:
Mas ya la violencia

(1) Acto III, escena XIII.
(2) Acto II, escena VI.

de enemigos vientos
descubrió la brasa,
encendió el deseo.
Sabes qne mi padre
quiere... — ¡ oh santos cielos !
esta triste vida
me quitad primero —
quiere á don Enrique
darme en casamiento,
contrario á mi sangre,
y á mi gusto opuesto,
siendo (¡ ay desdichada !)
de mis pensamientos
don Juan de Ribera
el único dueño.
Porque se conformen
los bandos sangrientos
de los dos linajes
Vargas y Toledos,
tan á costa mía
se ha trazado el medio.
que ha de ser mi gusto
víctima del pueblo.
Mira mis desdichas,
siente mis tormentos:
ó afila un cuchillo
ó traza un remedio.

Los criados ó lacayos que pinta Alarcón no suelen ser ni filósofos, ni descomedidos, ni sermoneadores, ni en exceso familiares; se limitan, por lo general, al paciente desempeño de su oficio que alegran con sanas graciosidades, chascarrillos que están bien en los labios de quienes son por su condición gentes sencillas y de buen humor. De entre los varios ejemplos que al caso pudieran venir, entresaco el siguiente:

Señor,
en una casa en que había
conversación, cierto día
salieron al corredor
dos solos, que una cuestión

tenían que averiguar,
y en ella le vino á dar
uno á otro un bofetón.
Pues el que le recibió,
á grandes voces y apriesa
dijo al otro : tomaos esa.
La gente, que dentro oyó
el golpe, y no vió la mano
atribuyó la victoria,
al que cantaba la gloria
tan orgulloso y ufano :
y así, con esta invención
vino á quedar agraviado
aquel mismo que había dado
al contrario el bofetón.

Vaya otro ejemplo que bien sirve para aclarar la verdad del refrán « en la tierra donde fueres, haz lo que vieres ». Cuenta Ochavo en *El examen de maridos*, el siguiente caso :

Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
á cuantos mojó de seso ;
y un sabio, que por ventura
se escapó del aguacero,
viendo que al lugar entero
era común la locura,
mojóse y enloqueció,
diciendo : en ésto ¿qué pierdo?
Aquí donde nadie es cuerdo
¿para qué he de serlo yo? (1)

Verdad ésta que repite en *La culpa busca la pena*, cuando dice :

Más que cuerdo desdichado
quiero ser loco dichoso (2).

Isaac Núñez de Arenas, en su *Carácter dramático de don Juan*

(1) Acto I, escena XIV.
(2) Acto I, escena XII.

Ruiz de Alarcón, que sirve de portada á los tres tomos que con el título de *Comedias escogidas*, de dicho autor publicó en 1867 la Real Academia Española, da la lista de las obras siguiendo en parte á Hartzenbusch. Y si fuesen ciertas las fechas en que ambos críticos aseguran fueron escritas algunas de estas comedias, teniendo en cuenta los años en que se iban representando, resultaría una de dos, ó que el atildado dramaturgo tenía poca confianza en sí mismo al dar los primeros pasos en el cultivo del género, y que dejó dormir muchos años algunas de sus comedias con el fin laudable de pulirlas, ó bien que los cómicos no se daban prisa en abrirle las puertas de los *corrales*. Casi me inclino á creer esto último, ya que en todas las épocas ha sido empresa difícil llevar á la escena la primera obra teatral, pues si por un lado hay que vencer los naturales temores del actor en dar á conocer á un autor novel, por otro hay en los autores, ya consagrados por el público, el recelo de que la tímida estrella que en el primer estreno asoma, pueda convertirse, al recorrer su órbita, en deslumbrante lucero que haga resaltar no vislumbradas opacidades.

Según Fernández Guerra, autor ya citado, pues es sin disputa quien con más escrupulosidad ha estudiado la vida y la producción de nuestro Juan Ruíz de Alarcón, escribió las siguientes comedias que se dieron al teatro en los años que se indican :

El semejante á sí mismo (1), *El desdichado en fingir* (2) y *La cueva de Salamanca* (3) en 1613.

Todo es ventura, en 1614.

La manganilla de Melillla y *Quien mal anda, mal acaba* (4) en 1616.

La culpa busca la pena (5), *Las paredes oyen*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse* y *Ganar amigos*, en 1617.

Los favores del mundo, *La amistad castigada*, *El dueño de las estrellas* y *El anticristo*, en 1618.

Cautela contra cautela, *Próspera fortuna de don Álvaro de Luna*,

(1) Montfleury la dió á la escena francesa con el título de *Le semblable à lui-même*.

(2) La arregló su propio autor en 1623 poniéndole por título *Quien engaña á quien*.

(3) Ésta y la anterior fueron escritas, según Núñez de Aressas y Hartzenbusch, en 1599.

(4) También ésta, según dichos críticos, fué escrita en 1602.

(5) Escrita en 1599.

La crueldad por el honor, La verdad sospechosa, La industria y la suerte (1) y *Los empeños de un engaño*, en 1619.

Los pechos privilegiados, en 1620.

El tejedor de Segovia, en 1621.

Algunas hazañas del marqués de Cañete (con otros) (2), en 1622.

Siempre ayuda la verdad, en 1623.

No hay mal que por bien no venga, en 1624.

El examen de maridos, en 1625.

No hay porque malgastar minutos, cuando tantos necesitamos, detallando los argumentos de estas obras, trabajo que ya se ha verificado con lucimiento por los críticos nacionales y extranjeros antes apuntados. No holgará, sin embargo, teniendo en cuenta el alcance divulgador de estas *conversaciones*, decir algo referente á *La verdad sospechosa,* el brillante de más subidos quilates que ostenta la corona que por asenso universal ciñe don Juan Ruíz de Alarcón.

Sabido es que *Le menteur*, de Corneille, es casi un traslado á la escena francesa de la comedia de nuestro autor. Fontenelle decía de la imitación francesa : « es una comedia tomada casi literalmente del español según se acostumbraba en aquellos tiempos ». Molière escribía á Boileau » que *La verdad sospechosa* le había revelado la verdadera comedia, y que sin ella acaso no hubiera escrito *El misántropo*. Voltaire, tan parco en elogios, dice que los franceses son deudores á España de la primera tragedia apasionada y de la primera comedia de carácter que han ilustrado la Francia, y agrega, refiriéndose á *La verdad sospechosa*, que « es maravilla del arte á que nada se parece entre antiguos y modernos ». Corneille mismo no tuvo reparo en consignar en el prólogo de su obra : « Si me fuera lícito explicar mi sentir sobre una cosa en que tengo tan poca parte, diría que me encanta de tal modo la invención de esta comedia, que no he hallado cosa en este género entre antiguos y modernos, á qué compararla » (3). Asegurando en otra parte que daría

(1) Escrita en 1600.

(2) Estos otros fueron Mira de Amescua, el conde del Basto, Guillén de Castro, Belmonte, Vélez de Guevara, Ludeña, Herrera y Villegas.

(3) Antes habia dicho : « *Quand je me suis résolu de répasser du heroïque au naïf, je n'ai osé descendre de si haut sans m'assurer d'un guide, et je me suis laissé conduire au fameux Lope de Vega* (sabido es que al principio creyó que éste era el autor de *La verdad sospechosa) de peur de m'égarer dans les détours de tant d'intrigues que fait notre* Menteur ».

dos de sus mejores dramas por la gloria de ser inventor de aquella comedia.

Sorprende que después de tales elogios, y teniendo á mano para comparar las obras francesas *Le Cid* y *Le menteur* y las españolas *Las mocedades del Cid* y *La verdad sospechosa*, diga Morel-Fatio en sus *Études sur l'Espagne*, que « las imitaciones son más perfectas y más hermosas que los originales ». En cambio Wolf, que hace un entusiasta elogio de Alarcón, dice de *La verdad sospechosa* que es modelo de *Le menteur*, de Corneille, y de tantas imitaciones en alemán y en inglés.

En 1625, esto es, catorce años antes de morir, deja de escribir Alarcón para el teatro, pues nombrado en junio de 1626 Relator supernumerario del Consejo de Indias con derecho á la primera vacante, se consagra por entero á las pesadas tareas de su cargo; y es de lamentar que al fin alcanzara nuestro autor empleo tan honroso, ya que de no tenerlo hubiera seguido frecuentando el trato de la musa dramática que, agradecida, premió su labor con laureles que van ganando al correr de los años verdor y lozanía.

Porque temo rebasar los prudentes límites del tiempo, suspendo, mejor dicho, termino esta primera *conversación*, dejando para la siguiente entrar de lleno en el análisis ejemplarizado de la labor filosófico-didáctica del sin igual mejicano.

Mas teniendo en cuenta el fin á que miran estas *conversaciones*, dirigidas especialmente á la juventud, y habida cuenta de que resuena mi voz en este templo del saber, histórico atrio del palacio intelectual argentino, séame permitido terminar la de hoy con las siguientes palabras que nuestro autor pone en labios de Enrico en *La cueva de Salamanca* (acto primero):

No es el fin, Andrés amigo,
del estudio, enriquecer;
fin del estudio es saber:
si eso alcanzo, lo consigo,
El que riquezas procura,
con la fortuna las ha,
cuyo buen efecto está,
no en saber, sino en ventura.
Rico eminente en saber,
pocas veces lo verás;

saber pobre quiero más,
que ignorante enriquecer.

Sí, mis jóvenes amigos; apliquémonos al estudio con fe, con ahinco, con constancia; recordemos, aun sabiendo algo, lo que el mismo nos dice antes de los versos que acabo de recitar.

Siempre queda que aprender :
no hay hombre del todo sabio.

Y con esta recomendación y esta sentencia, que entrañando severa amonestación á los infatuados, pudiera servir de lema al mayor número de nuestros establecimientos docentes, termino hoy, no sin agradeceros la benevolencia con que me habéis escuchado.

SEGUNDA CONFERENCIA

Señores :

Semejante al que llega al pie de copudo manzano, codicioso de recoger las más doradas pomas de árbol tan bien provisto, y van los ojos, y en pos de ellos las manos, para alcanzar las en mayor sazón y más olorosas, surgiendo en no pocas ocasiones la dificultad de la elección, y cuando se le ocurre mirar la cosecha, advierte que es pequeño el serón á prevención traído para llevarse la sabrosa fruta, así yo, señores, después de leídas con atención las obras del sin rival mejicano, y de apuntadas las citas á mi intento más oportunas, advierto que no caben todas en los breves términos de una *conversación,* viéndome forzado, muy á mi pesar, á que queden en ésta sin cabida no pocas, cuales alcances didácticos ó filosóficos me deleitaron.

Releídas con bien encaminado propósito las veintiséis obras dramáticas de nuestro autor, y antes de sacar de nuevo á luz frases y sentencias morales del teatro alarconiano, anticiparme quiero al posible reparo, con sólo advertir que no creo en la virginidad de las ideas. Las del genial mejicano, ó fueron recogidas en provechosas lecturas, ó flotaban en el ambiente de la época : utilizó varias escuchadas de labios doctos, muchas de los del pueblo, siempre despierto y oportuno; mas el mérito de darles forma poética, para que su brillo atrajese la atención de las muchedumbres; el valioso contingente moral y educativo

encerrado en tan corta labor; diré más, el andamiaje de las ideas, su seductor ropaje, esto es obra exclusiva de Alarcón. Regatearle por ello coronas de vencedor, equivaldría á negar mérito á varias obras shakesperianas, porque sus argumentos proceden de italianas fuentes.

Aun debo advertir, para que nadie se llame á engaño, que sólo desfloraré el tema : lo que va á seguir se limita á demostrar lo ya dicho, esto es, el perfecto conocimiento que Alarcón tenía del corazón humano, así en sus nobles arranques y aspiraciones, como en los vicios que por desgracia lo malean y corrompen.

Siguiendo la costumbre de la época, nuestro autor no hace aparecer en las tablas á la venerable figura de la madre; y porque alguien lo intentó, Hurtado de Mendoza se encaró con el atrevido en la segunda parte del *Entremés de Miser Palomo* y *Médico de espíritu,* diciéndole :

Si os holgáis de escuchar que no hay doncellas,
y celebráis malicias tan livianas;
gente del diablo ¿no tenéis hermanas?
Infamar las mujeres y maridos
solemnizáis ahora en los tablados :
gente de Bercebú ¿no sois casados?

¿Qué diría el aristocrático autor, que Alarcon y que cuantos respetaban el hogar, ante los atrevidos argumentos de un buen golpe de dramas modernos?

Veamos qué concepto tenía Alarcón de la hidalguía y de la moral.

Como le pidiera el rey á don Rodrigo de Villagómez, en *Los pechos privilegiados* (1), que fuese su tercero para obtener los ilícitos favores de doña Elvira, contesta grave y reposado el nobilísimo señor :

¿Y en tan poca estimación
os tengo yo, que debía
presumir que en vos cabía
injusta imaginación?

(1) Acto I, escena III.

¿Y en tan poco me estimáis
ó me estimo yo, que crea
que para una cosa fea
valeros de mi queráis?

Y porque el rey insistiera, en un diálogo vivo y animado como pocos, y modelo de nobleza para muchos, replica el de Villagómez:

Señor, la misma razón
porque á mí me lo encargáis
hace, si bien lo miráis
la mayor contradicción;
que si á Elvira puedo hablar,
por ser amigo del Conde,
con eso mismo os responde
mi fe que me he de excusar:
pues ni yo fuera Rodrigo
de Villagómez, ni fuera
digno de que en mi cupiera
el nombre de vuestro amigo,
si solo por daros gusto
en un caso tan mal hecho,
hiciera á un amigo estrecho
un agravio tan injusto (1).

En *La prueba de las promesas,* repite la misma idea al asegurar:

Que al amigo, pienso yo,
que han de pedirle las cosas
grandes y dificultosas
más las ilícitas, no (2).

Terminante es en *Los empeños de un engaño,* al asegurar que:

no obliga contra el honor
la ley de amistad más fina (3),

idea que vuelve á repetir en *El examen de maridos,* haciéndole decir al conde:

(1) Acto I, escena III.
(2) Acto I.
(3) Acto II, escena IV.

los cuerdos amigos
tienen razón de quejarse
de que la verdad les nieguen,
más no de que se la callen
. . . .
porque no consienten culpas
las honradas amistades (1).

Conforme se va viendo, por cima de todo está la moral, la austera moral á que Alarcón pospone todas las mundanas conveniencias: y así, en un nobilísimo arranque, puede decir don Rodrigo, dechado de caballeros, en *Los pechos privilegiados:*

No hay ofensas,
no hay amistades ni amores
que en tocando á la lealtad
no olviden los pechos nobles (2).

Arrastrado por la pasión amorosa, y aún sabiendo que es amigo del conde, asegura el marqués á su pretendida, en *El examen de maridos,* que:

es forzoso preferir
á la amistad, la opinión (3),

pero molestado por esta idea, y como si se arrepintiese de burlar, aun en aras de la pública fama, la cariñosa amistad que sintiera por el conde, á poco, y hablando con él, le dice:

Mas libradme de los daños
que amenazan mi opinión
si desisto deste intento.
Y veréis si mi amistad
tropieza en dificultad
ó reposa en sentimiento (4),

y cuéntese que quien así habla está perdidamente enamorado de doña Inés.

(1) Acto I, escena V.
(2) Acto II, escena XVII.
(3) Acto II, escena VII.
(4) Acto II, escena IX.

Entusiasta defensor de la amistad sincera, flor cada día menos lozana en el humano corazón, escribe *Ganar amigos*, comedia que es en el fondo laudatorio poema de tan noble sentimiento, y en *El examen de maridos*, pone en boca del marqués el siguiente concepto:

No hay más tesoro en el mundo
que un amigo verdadero (1).

Idea tan cabal tenía nuestro autor de este afecto, que cuando el rey en *Los pechos privilegiados*, y á fin de decidirle á que secunde sus aviesas intenciones, le pregunta á don Rodrigo si es su amigo, contesta el hidalgo:

Alfonso, porque lo soy
os pongo de la verdad
á los ojos el espejo;
que se ve en el buen consejo
la verdadera amistad (2).

Más rotundo es aun, si cabe, don Juan, al decirle á don Diego en *El semejante á sí mismo:*

¿Qué queréis? Verdades digo,
y aquel es mejor amigo
que desengaña mejor (3).

El enamorado marqués en *El examen de maridos*, le dice al conde:

Mi amigo sois, y el amigo
es un espejo fïel (4).

Contra quienes, abusando de la confianza en ellos depositada, hácense Judas de la amistad, escribe Alarcón, y pone las frases en boca de don García, en *Mudarse por mejorarse:*

Marqués, las causas ajenas
el que es noble, o no se encarga

(1) Acto III, escena XVI.

(2) Acto I, escena III.

(3) Acto II, escena XIII.

(4) Acto III, escena XI.

dellas, ó tiene por propia
su ventura ó su desgracia (1).

En *La verdad sospechosa,* y al recodarle Isabel á Jacinta que verá por la calle al hijo de don Beltrán, contesta hermosamente la segunda de las citadas damas :

veré solo el rostro y talle ;
el alma que importa más
quisiera ver con hablalle (2),

concepto no conocido, y si conocido, olvidado por no pocas doncellas que al ara se acercan, después de haber admirado, no el alma, el rostro del galán.

Á estas mismas doncellas, más atentas á prendas físicas que á morales, advierte nuestro filósofo y les dice en *Las paredes oyen :*

« En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza :
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber (3).

Y á ellos, á estos jóvenes faltos de seso, que embobados en físicas perfecciones no aciertan á fijarse en prendas morales, les dice nuestro autor, sirviéndose de Redondo, en *Mudarse por mejorarse :*

¡ Linda cosa !
porque si es boba la hermosa,
es de teñido papel
una bien pintada flor,
que de lejos vista, agrada,
y cerca no vale nada
porque le falta el olor (4).

En la ya citada comedia, *La verdad sospechosa,* pone en labios

(1) Acto II, escena XVI.

(2) Acto I, escena III.

(3) Acto II, escena IV.

(4) Acto II, escena IV.

de don Beltrán, al reprender á su hijo, estos versos, suficientes para pintar el paternal cariño:

¿Qué enemigo te oprimía?
¿Qué puñal te amenazaba?
sino un padre, padre al fin,
que este nombre solo basta
para saber de que modo
le enternecieran tus ansias (1).

En *No hay mal que por bien no venga*, le hace decir al príncipe esta filosófica verdad:

En abriendo el pecho al vicio
el más pequeño resquicio
da puerta franca al error (2).

Cuando en *Los favores del mundo*, derriba don García á don Juan, y vencido en el desafío va éste á recibir la postrer estocada del noble castellano, exclama: « ¡Válgame la Virgen! ». Don García detiene el brazo, é irguiéndose contesta como cristiano sincero:

Valga:
que á tan alta intercesora
no puedo ser descortés (3).

En aquella época caballeresca, en que á la dama se rendía galante homenaje, ¿cómo no había de vencer á un noble y á á un cristiano la intercesión de la Célica Señora? ¿No encierran los anteriores versos el *fides amor* de los castellanos pechos?
Tan hermoso es el relato que del apuntado sucedido hace don García, y son tan soberanamente bellas las frases del príncipe, contestando al hidalgo caballero, que aún sabiendo son conocidas del menos aprovechado estudiante de retórica, no puedo resistir á la tentación de copiar algunos, ya que no todos, de aquellos conceptos; y después de releída la siguiente transcrip-

(1) Acto III, escena IX.
(2) Acto I, escena VII.
(3) Acto I, escena III.

ción, dígase si no merece el calificativo de valiosa joya de la deslumbrante escena castellana.

El largo relato de don García termina así :

. . . .
y él, viendo que ya en el suelo
ningun remedio le queda,
¡ Válgame la Virgen ! dice :
Valga, digo ; y la sentencia
revoco en el mismo instante
que al golpe empezado resta.
Este es el caso ; don Juan,
pues he hablado en su presencia,
me puede enmendar agora
lo que mi memoria yerra.

Al asentir don Juan, dice majestáticamente el príncipe, orgulloso de tener vasallo tal :

Garci-Rüiz de Alarcón,
claras vuestras obras son :
desde el oriente al ocaso
da envidia vuestra opinión.
Las más ilustres historias
en vuestras altas vitorias
el *non plus ultra* han tenido ;
mas la que hoy ganáis, ha sido
plus ultra de humanas glorias.
Vuestra dicha es tan extraña,
que quisiera ¡ Vive Dios !
más haber hecho la hazaña
que hoy, García, hicistes vos,
que ser príncipe de España.
Porque Alejandro decía
(¡ ved cuanto lo encarecía !)
que más ufano quedaba,
si un rendido perdonaba,
que si un imperio rendía.
Que en los pechos valerosos,
bastantes por sí á emprender
los casos dificultosos,
el alcanzar y vencer

consiste en ser venturosos;
mas en que un hombre perdone,
viéndose ya vencedor,
á quien le quitó el honor,
nada la fortuna pone:
todo se debe al valor.
Si vos de matar, García,
tanta costumbre tenéis,
matar ¿qué hazaña sería?
vuestra mayor valentía
viene á ser que no matéis
En vencer está la gloria,
no en matar: que es vil acción
seguir la airada pasión,
y deslustra la victoria
la villana ejecución (1)
Quien venció, pudo dar muerte;
pero quien mató, no es cierto
que pudo vencer; que es suerte
que le sucede al más fuerte,
sin ser vencido, ser muerto.
Y así no os puede negar
quien más pretenda morder,
que más honra os vino á dar
el vencer y no matar,
que el matar, y no vencer.
Dar la muerte al enemigo,
de temello es argumento;
despreciallo es más castigo,
pues que vive á ser testigo
contra sí del vencimiento.
La vitoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mayor,

(1) Idea esta que glosó más tarde Calderón, en *La devoción de la Cruz*, poniendo en boca de Curcio los siguientes versos:

El acero de un noble, aunque ofendido,
no se mancha en la sangre de un rendido;
que quita grande parte de la gloria
el que con sangre borra la victoria

(Jorn. III, Esc. IX.)

pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor (1).

Si el razonamiento del príncipe es modelo de lógica caballeresca, las anteriores quintillas, por lo robustas y sonoras, bien pueden mostrarse como ejemplo de versificación.

Encariñado Alarcón con la idea fundamental que campea en los anteriores versos, vuelve sobre ella en *La industria y la suerte,* cuando dice :

Pues estáis favorecido.
gozad, con verme perdido,
el colmo de este favor:
que la gloria al vencedor
¿quién la da sino el vencido? (2).

En esta misma obra pondera con un solo verso, la virtud de la paciencia. Se lamenta don García, y es muy humano el lamento, diciendo :

Un injusto rigor sufrir no es justo,

á cual honda queja replica la bella Anarda :

A ser justo ¿qué hicieráis en llevallo? (3),

pregunta que bien vale la declaración de que debe el varón fuerte hacerse superior á las adversidades de la vida, concepto que con más claridad repite en *La prueba de las promesas,* diciendo :

De la fortuna el vigor
prueba el pecho valeroso,
porque en el tiempo dichoso
vive dormido el valor (4).

Contradiciendo lo aseverado por hipócritas y marrulleros, esto es, que el fin legitima los medios, pone la siguiente redondilla

(1) Acto I, escena IX.

(2) Acto I, escena V.

(3) Acto II, escena XV.

(4) Acto I.

en boca de doña Ana, una de las damas más nobles del teatro alarconiano :

Por el mal medio, condeno
el buen fin : todo lo igualo
en que verás que lo malo,
aun para buen fin, no es bueno (1),

y en *El examen de maridos,* asegura que :

del buen principio nace
el buen fin de los intentos (2).

La industria y la suerte, comedia dedicada á proclamar el triunfo de la segunda sobre la primera, abunda en felices pinceladas, tendientes á probar cuánto valen la rectitud del pensamiento, y afirma que :

pocas veces alcanzaron
buen fin engañosos medios (3),

y en el acto siguiente advierte á los mal intencionados que :

muchos engaños requiere
la fábrica de un engaño (4).

De la defensa de la verdad hizo el conspicuo mejicano un culto, pues no sólo dedicó á tan simpática virtud una comedia, que como ya sabemos, es una de las más hermosas del teatro universal, sino que de ella habla á cada paso en el mayor número de sus obras : para Alarcón, la verdad es y ha de ser siempre, nuestra amiga más fiel, la que acompañarnos debe de la cuna al sepulcro, y todo debe allanarse á su paso. Recojamos algunas de las ideas esparcidas en sus obras.

Afeando el vicio de la mentira, le dice don Beltrán á su hijo en *La verdad sospechosa :*

(1) *Las paredes oyen,* acto III, escena XVI.
(2) Acto III, escena XVI.
(3) Acto II, escena VI.
(4) Acto III, escena III.

¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
más sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
á los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto:
todos los vicios, al fin,
ó dan gusto ó dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio? (1).

En la misma obra, y á las pocas escenas, pone en boca de Tristán esta sentencia:

Quien en las burlas miente
pierde el crédito de veras (2),

afirmando Lucrecia en la misma escena, que:

siempre ha sido
costumbre del mentiroso
de su crédito dudoso
jurar para ser creído (3).

Varón tan enamorado de la verdad, era lógicamente enemigo de las sombras que pueden empañar su brillo; y así, si Clara en *Mudarse por mejorarse*, dice:

(1) Acto II, escena IX.

(2) Acto II, escena XVI.

(3) Acto II, escena XVI.

que de testigos no huye
quien justos hechos intenta (1),

más esplícita es Leonor en la misma comedia, afirmando que :

las justas acciones
no huyen la luz del día (2).

Sabiendo cuanto ciega el propio desconocimiento, y combatiendo el popular aforismo que afirma que « quien no se alaba de ruín se muere », *El examen de maridos,* hace que el marqués profiera esta sentencia :

Regla es que en la propia boca
la alabanza se envilece (3),

idea ésta expuesta ya por Cervantes en los capítulos XVI de la primera parte del *Quijote,* y XVI de la segunda, que Calderón amplió más tarde diciendo :

La alabanza de tus glorias
para ajenos labios deja,
que más alaban silencios
ajenos, que propias lenguas ;

pero comprendiendo Alarcón que en determinadas ocasiones el propio elogio puede ser permitido, ya que la ajena envidia quizás malograre justos deseos, el mismo márqués añade :

Mas aquí excepción padece,
pues á quien se opone toca
sus méritos publicar,
por costumbre permitida ;
que mal, si sois pretendida
de tantos, puedo esperar

(1) Acto II, escena III.

(2) Acto III, escena X.

(3) Acto II, escena VI. Barrionuevo en el Romance de su vida dice ;

Aunque la propia alabanza
desdore á un hombre de bien.

que los mismos que atrevidos
á vuestra gloria se oponen
mis calidades pregonen
si está en eso ser vencidos.

¡Cuán á fondo conocía el corazón humano y las pasiones que de continuo lo combaten! ¡Con cuánta verdad asegura en el citado *Examen*, que :

El que jugó, jugará;
que la inclinación al juego
se aplaca, mas no se apaga! (1),

y porque adivinara que :

de las malas acciones
nace el aborrecimiento (2),

dice el marqués en *Ganar amigos :*

que menor inconveniente
será morir inocente
que vivir mal opinado (3).

Vivió este preeminente autor en época en que de la majestad real se tenía un elevadísimo concepto; el respeto, la obediencia absoluta no representaban en aquellas centurias el servilismo tan anatematizado por los modernos; la sumisión constituía un deber que gustosamente se imponían hidalgos y plebeyos, y ante el César se postraban reverentes quienes asombraban al mundo con sus hazañas ó derrochaban el valor, cual inagotable caudal, en intrigas amorosas á la incierta luz de candiles mal prendidos. De este respeto hay ejemplos á centenares en el teatro del siglo

(1) Acto II, escena XIV.

(2) Acto III, escena XVI.

(3) Acto III, escena XVIII. Calderón dijo con posteridad en *El mayor monstruo, los celos* :

Con que viene á importar menos
morir inocente, juzgo,
que vivir culpada á vista
de las malicias del vulgo.

de oro, reflejo fiel de las costumbres de aquellos siglos. Recogeré algunas ideas de Alarcón.

En *Los pechos privilegiados,* dice el conde al rey :

Perdona
Rey, si tu sacra persona
injustamente culpé;
error fué, que no malicia
presumir culpa de un Rey
que es la vida de la ley
y el alma de la justicia (1).

En *Los favores del mundo,* manifiesta el príncipe :

que es el Rey un tesorero
que tiene en la tierra Dios (2),

y en la misma comedia, concediendo á la majestad real influjo de difícil comprensión en los tiempos que hemos alcanzado, afirma por boca de don García :

que son los Reyes planetas,
y las obras del vasallo
se deben á su influencia (3),

Para demostrar el poder de la realeza, en *Los pechos privilegiados* el conde dice :

Huíd; que con el Rey no hay más defensa (4),

concepto que en la misma comedia repite. Quejándose Leonor á don Rodrigo, porque no se muestra más valiente ante las contrariedades amorosas, dice :

(1) Acto I, escena XV.

(2) Acto I, escena IX.

(3) Acto I, escena IX. Antes que Alarcón, había dicho el doctor Francisco de Villalobos :

« Cosa muy cierta es y muy trillada en el mundo, que quando los reyes florecen en potencia y en gloriosas hazañas, ellos se llevan todo el precio y el resplandor de la fama, y los otros grandes se quedan á escuras ». *(Problemas.)*

(4) Acto II, escena V.

Al Rey, no digo, ni fuera acierto
que os opongáis, ni yo os lo consintiera
. . . .
Si resistir al Rey fuera injusticia.
huír del Rey no fuera resistencia (1).

Ya tuve oportunidad de poner de relieve este respeto á la potestad real, en mi ensayo crítico sobre don Guillén de Castro, quien dijo en *La piedad en la justicia:*

Que hasta la misma injusticia
alaban, si el Rey la hace.

Lope, anterior como se sabe á Alarcón, escribió en su comedia *El servir con mala estrella:*

que son retratos los Reyes
de Dios, y á Dios alabamos,

y en *Los Tellos de Meneses:*

— ¿No es hombre la majestad?
— Sí, pero hombre endiosado;
un Rey es Dios en la tierra.

El mismo Lope, sutilizando la idea, dice en *Fuerza lastimosa:*

Porque á los Reyes no es justo,
en las cosas de su gusto
preguntarles la ocasión:
como al cielo porque llueve
no se puede preguntar.

Calderón, posterior al inspirado mejicano, dice en *La estrella de Sevilla:*

que aunque injusto el Rey
es obedecerle ley;
á él después Dios le castigue,

y en *Saber el bien y el mal*, dice lo mismo con forma distinta:

(1) Acto II, escena XVII.

Es soberana justicia
el Rey; y aunque yerre, vos
no lo habéis de remediar;
porque nadie ha de juzgar
á los Reyes, sino Dios.

Tan hondo había penetrado en el alma hispana este acatamiento á la majestad real, y era tan mágico su poder, que aún sospechando impostura, le dice don Sancho al supuesto rey en *La crueldad por el honor* :

Guárdete Dios; que aunque seas
fingido Rey, en efeto
para hablarte con respeto
basta el que el nombre poseas (1).

En cuanto á este respeto al monarca, bueno será recordar á los que van en pos de manchas que afeen el carácter de los españoles de aquellas centurias, lo que dice el húngaro Huszar, cual casi siempre acertado juicio crítico, corre parejas con plausible imparcialidad :

« La concepción española que respetaba en el soberano al representante de Dios, no era servil; mientras que en el respeto de los franceses por un Luis XIV, por ejemplo, hay una humildad que puede degenerar fácilmente. El Rey-Sol, era una especie de déspota oriental, cual poder más atemorizaba que invitaba al respeto. ¿ No había dicho el Estado soy yo ? En España el Estado era la nación y el rey, y el culto que se tributaba á la persona del monarca, no se dirigía, á la postre, más que al primer representante de la idea del Estado » (2).

(1) Acto II, escena IX.

Calderón en *El Príncipe Constante* (acto I, escena VIII), pone en boca de Don Fernando, dirigiéndose al mahometano rey de Fez

Rey te llamé, y aunque seas
de otra ley, es tan augusta
de los Reyes la deidad,
— tan fuerte y tan absoluta
que engendra ánimo piadoso.

(2) G. Huszar, *P. Corneille et le théâtre espagnol.* París, 1892.

« Rey y patria son dos palabras verdaderamente sinónimas para los españoles de aquel tiempo : dos palabras que se anidan en el pecho, como en altar santo, y reciben aquella

Que en esto anduvo también acertado el erudito crítico, lo demostrarán algunas citas, tres para no fatigar.

Escribió Lope en *La fuente ovejuna:*

cuando se alteran
los pueblos agraviados, y resuelven,
nunca sin sangre, ó sin venganza vuelven.

En *El dueño de las estrellas,* dice Alarcón :

Si eres Rey, guarda justicia,
si eres hombre, no quebrantes
de la razón imperiosa
el poderoso dictamen (1).

En *Los pechos privilegiados,* al enterarse el conde de que es el rey quien está en la casa de Melendo con Elvira, si deja caer la espada, en señal de acatamiento, no lo hace sin exclamar con entrecortada frase, que bien vale un discurso :

El Rey sois
aunque no lo parecéis (2).

Recuérdese lo escrito referente á este asunto por Guillén de Castro, en *El amor constante:*

aunque Rey te hayan llamado
á mi no me lo pareces,

y los viriles cuanto democráticos conceptos de Pedro Crespo, en el inmortal *Alcalde de Zalamea.*

adoración que no admite raciocinio ni discute. Cuando el siglo XVII habla del Rey y de la patria sus palabras son siempre un himno que se eleva al Trono entre nubes de oloroso incienso. »

Esto afirmó un crítico español en 1881, don Carlos Soler en su meritísimo trabajo titulado « Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII fundado en el estudio de las comedias de Calderón.

« *Comme condition indispensable du triomphe, la* fidélité *à leurs chefs devint pour les Espagnols la première des vertus : la* fidélité, *cette qualité chevaleresque qui est si loin de la servilité antique, grâce à la supériorité de la morale sur la politique, si dignement établie par le sacerdoce catholique.* (J. Lagarrigue, *L'Espagne et Calderon de la Barca.*)

(1) Acto I, escena XVI.

(2) Acto I, escena XIV.

Porque Alarcón era ante todo un moralista, hace que en *El desdichado en fingir*, el príncipe se dé cuenta de sus censurables acciones, poniendo estas frases en sus labios :

Que yo, que ejemplo he de dar
cometa casos tan feos! (1),

lastimera exclamación ésta que prueba con evidencia que su nobleza se erguía altanera ante cuanto no se ajustaba á la más acrisolada honradez.

Era el privado sobre quien recaían las censuras que la voluntad real podía merecer, y de estas ideas que estaban en la mente del pueblo, fácil es encontrar trasuntos en las obras de nuestro autor.

En *Los pechos privilegiados*, don Rodrigo afirma que :

del Rey se atribuye
siempre el error al privado (2),

asegurando Fernando en la misma obra que :

la enemistad, la emulación y el miedo
que en sus contrarios la privanza cría (3).

El rey, en *Ganar amigos*, y al ir á condenar al marqués, dice entre otras cosas :

Demás desto, le condena
la pública voz y fama,
tirano el vulgo le llama
y á voces pide su pena :
que por más justo que sea
siempre aborrece al privado (4).

De la inestable privanza del valido tenía Alarcón clarísima idea, así como de las artes que debían ponerse en juego para

(1) Acto III, escena XI.
(2) Acto I, escena III.
(3) Acto III, escena XVIII.
(4) Acto III, escena XII.

conservar la confianza del monarca. Algunos ejemplos, que bien merecen el nombre de políticos, atestiguarán el aserto.

El tantas veces citado don Rodrigo, de *Los pechos privilegiados,* no sólo no se queja de que perdiera la confianza real al no querer secundar sus torpes deseos, sino que, dando muestras de su innata hidalguía, al par que de sentido común, razona de esta suerte :

Pero de Alfonso hasta aquí
ni me agravio, ni me quejo
para que me ausente de él;
que de su privanza es dueño
y la agradezco gozada
y perdida no me ofendo (1).

En boca del conde pone estas frases :

Que es alta razón de Estado,
si bien no conforme á ley,
no sufrir cerca del Rey
competidor el privado (2).

Después de su desgracia, y dando pruebas de cordura, Rodrigo declina el honor que el rey le dispensa queriendo verle de nuevo á su lado, y así le dice :

Vuestra gracia es la ventura
que estimo haber alcanzado
mas volver escarmentado
á la privanza es locura (3).

Advierte en *Los favores del mundo,* que :

quien sirve ha de ser prudente (4);

tal vez porque no olvidó nunca como dramaturgo, esta sentencia, sus lacayos y ayudas de cámara se diferencian tanto de los de

(1) Acto II, escena X.
(2) Acto I, escena I.
(3) Acto III, escena XII.
(4) Acto II, escena IX.

Lope y Tirso; como también alecciona á los que se inutilizan sirviendo al rey, diciéndoles :

En quemar la materia más cercana
al fuego imita un príncipe enojado (1),

y á los privados dirige esta saludable advertencia :

nunca bien sirvió
el que con su dueño arguye (2),

pues sabe, y así lo afirma en *Los pechos privilegiados,* que :

las leyes
en las manos de los reyes
que las hacen, son de cera (3).

En *Ganar amigos,* y dando siempre vueltas á la misma idea, si bien hace convenir á don Diego en que :

No hay ley
Encinas, que obligue al Rey
porque es autor de las leyes (4),

antes había hecho decir al marqués estas frases, dirigidas al rey, reveladoras de un cabal concepto del arte de gobernar :

Fuera de que, bien mirado,
alguna vez el rigor
de la justicia, señor,
cede á la razón de Estado (5).

Convencido de lo efímeras que suelen ser las humanas grandezas, y siempre en este mismo orden de ideas, pregunta al marqués en *El tejedor de Segovia :*

(1) Acto III, escena III.
(2) Acto III, escena XXIII.
(3) Acto II, escena XIII.
(4) Acto III, escena VIII.
(5) Acto III, escena III.

¿Sabéis acaso que basta
á la privanza un cabello
para tropezar? ¿Sabéis
que en tropezando, es muy cierto
el caer, pues el privado
es arbol, á quien derecho
las ramas que le rodean
son adornos lisonjeros,
y en comenzando á caer
las mismas que pompas fueron
son todas, peso que ayuda
á derribarlo más presto? (1).

Burlándose graciosamente de la estudiada seriedad de algunos de los que ejercen cargos públicos, pregunta por boca de Redondo en *Mudarse por mejorarse*:

¿Pues hay parca inexorable
más cruel, más intratable
que un ministro el primer año (2).

En esta misma obra vuelve á referirse á esta afectada gravedad, propia de quienes llegan á altos sitiales, sin el equilibrio mental que ellos demandan, haciéndole decir al gracioso:

Más secreto y recatado
seré, que un recién ministro (3),

y aquí tienen en esta cita un clásico punto de apoyo los defensores de este *recién*, tan antipático á los americanos Bello, Isaza, Arona y demás. Bueno será advertir á los que sin más averiguaciones gramaticales, traten de legitimar el dislate, que, á pesar de la autoridad de Alarcón, el adverbio, así empleado, no logró incorporarse al lenguaje culto.

Á fuer de imparcial, debo agregar, pues no me gusta, siguien-

(1) Acto I, escena XIV.
(2) Acto II, escena VII.
(3) Acto II, escena VII.

do el ejemplo de Alarcón, ser encubridor de la verdad, que han empleado el *recién,* sin alcanzar para él carta de ciudadanía, Luis Quiñones, A. Hurtado de Mendoza, Pérez de Montalván y Liñán. Á pesar de tantos aldabonazos, el patrio idioma no le ha querido abrir la puerta.

Volviendo al tema, diré que de aquella afectada importancia, encubridora en no pocas ocasiones de insuficiencia, se burla irónicamente en *La prueba de las promesas,* poniendo en boca de Tristán el siguiente sucedido :

De dos frailes que habían sido
de firme amistad y fe
raro ejemplo, el uno fué
por Provincial elegido
Á verle llegó volando
muy alegre el compañero;
mas detúvole el portero,
y le dijo : « Está ajustando
nuestro padre ciertas cuentas,
Vuesencia vuelva después »
Y él respondió : « Desde que es
pater noster anda en cuentas »
Tú, pues con pecho discreto
conoces el tiempo vario,
di : « Desde que es secretario
habla Tristán en secreto » (1).

Comprendiendo cuanto enorgullece á los pequeños el deseo de mandar, hace que don Beltrán, en *La verdad sospechosa,* le diga al letrado que va á tomar posesión de su empleo :

Ya entiendo : volar quisiera
porque va á mandar. Adios (2).

Viviendo en aquella Corte que tantos pretendientes albergara,

(1) Acto III

(2) Acto I, escena II.

y conociendo, sin duda, á muchos con quienes tropezaba en estrados y antesalas, se comprende que el marqués, en *Mudarse por mejorarse,* glose conocido refrán diciendo :

> ... un mendigo de favor
> bien puede ser porfiado (1),

y notando que no siempre van las mercedes á quien más méritos atesora, dice Redondo en la propia comedia :

> y así el más cuerdo no trate
> por merecer, de alcanzar (2),

lógica consecuencia de lo que nos había expuesto don Rodrigo en *Los pechos privilegiados,* ó sea que :

> no se merece sirviendo,
> agradando se merece (3),

versos que aun hoy, por desgracia, pudieran esculpirse en el frontispicio de no pocas oficinas públicas, tanto de la vieja Europa, como de la virginal América, siendo en vano que el tantas veces nombrado don Rodrigo, diga que no debe doblegarse quien

> merece con servir
> y no con lisonjear (4),

y que asegure Salomón en *La Manganilla de Melilla,* que :

> Los que vivís de embustir
> de mí podéis aprender;
> primero habéis de saber
> lisonjear que pedir (5).

(1) Acto III, escena X.

(2) Acto I, escena II.

(3) Acto I, escena XI.

(4) *Los pechos privilegiados*, acto I, escena III.

(5) Acto I.

También Arseno, en *El desdichado en fingir,* es del mismo parecer cuando asegura que :

al que más merece, hallo
que lo quebrantan más bien (1).

En *Todo es ventura,* repite la misma idea :

¿Qué poderoso señor
para ello os ha de ayudar,
si en Madrid se ha de alcanzar
hasta el servir por favor (2).

En *Todo es ventura,* remacha el clavo diciendo :

De modo, por esta cuenta
que los premios no se dan
hoy, conforme fuera justo,
al que más y más fïel
ha servido, sino á aquel
que ha servido más al gusto (3).

idea, esta última, que repite en *El tejedor de Segovia,* cuando dice :

Los que á su proceso están
atentos, sólo han de ser
lisonjeros del poder;
« Viva quien venza » es refrán (4).

Porque conocía bien la humana hipocresía, cree en *Los favores del mundo* que :

En la Corte es menester
con este cuidado andar;

(1) Acto I, escena I.
(2) Acto I, escena II.
(3) Acto I, escena XV.
(4) Acto I, escena XVI.

que nadie llega á besar
sin intento de morder (1)

Sabiendo cómo explotan los poderosos en provecho propio las esperanzas de los pretendientes, en *Mudarse por mejorarse,* exclama :

¡Qué honradores
son los tan grandes señores!
— Y más cuando han menester (2),

El conde del *Examen de maridos,* afirma que :

más valdrá quien más engañe (3),

y el paje de *Los favores del mundo,* convencido de estas verdades, con socarrónico convencimiento, agrega que :

bueno es ser bueno
mas no el honrado, el venturoso alcanza (4)

No podía, sin embargo, Alarcón, conformarse con la injusticia que entrañan los anteriores conceptos, mas ante la evidencia de los hechos, pregunta su desalentada nobleza, sirviéndose del conde en *Los pechos privilegiados :*

Cielos, ¿por qué se han de dar
honras, á precio de gustos?
¿Por qué con medios injustos
se alcanza un alto lugar? (5).

¡Cómo retratan estos versos el corazón de nuestro autor y su clara percepción de las injusticias humanas! Sabía que donde hay hombres hay engaños y atropellos, mas ¡con qué honda amargura se queja!

(1) Acto I, escena VII
(2) Acto II, escena XIII.
(3) Acto I, escena IV.
(4) Acto III, escena IV
(5) Acto I, escena III.

¿Cómo pinta en el siguiente breve diálogo el modo de obtener ciertos cargos y preeminencias? Razonan don Juan y Celio en *El semejante á sí mismo:*

— En Madrid pretende oficios
— ¿Con dineros?
— Con servicios
— Dios le dé paciencia
— Amén (1).

Oigámosle ahora razonar discreta y acertadamente sobre las congojas que aparejadas trae el pretender, y con que lógica amonesta á los que se desviven por alcanzar lo que desean. Dice en *No hay mal que por bien no venga:*

Cuando miro un pretendiente
que con mucho afán procura
la comodidad futura
despreciando la presente,
le digo: «Necio ambicioso
contra tus intentos pecas,
pues buscas el bien, y truecas
lo cierto por lo dudoso.
¿Sabes tú que gozarás
lo porvenir que apercibes?
Acomoda lo que vives
y no lo que vivirás (2)

Como se observará, en estos versos combate la desenfrenada ambición, carcoma de virtudes y polilla de salud, y ese desmedido afán de anticiparse á lo porvenir, que, aún incierto, seduce y encanta. De seguro que si fuese posible grabarlos más que en sitios públicos, en el alma de los ciudadanos, disminuirían notablemente, sobre todo en las ciudades populosas, las enfermedades cardíacas; que la zozobra por alcanzar bienes terrenos acorta no pocas vidas, como abre prematuramente fosas la des-

(1) Acto III, escena I.
(2) Acto II, escena III.

atentada ambición de no pocos mortales. Antes pedíamos el pan nuestro de cada día; hoy pedimos una tahona para toda la vida.

Al observar la frecuencia con que Alarcón se refiere á los pretendientes; cómo de continuo los sermonea en sus obras: cómo en alguna ocasión infunde ánimos á los tímidos, diciéndoles, por ejemplo, en *Mudarse por mejorarse:*

que nunca la cobardía
dió abrazos á la ventura (1).

y como en otras alienta al desesperado, advirtiéndole en *La industria y la suerte,* que:

nadie
alcanzó jamás huyendo (2),

se adivina, como antes dije, que frecuentó antecámaras, paseó estrados y visitó salones donde se agolpaban los que en procura iban de un soñado bien. Y porque él mismo pretendiera, hasta lograr la plaza que con sus atenciones le robó al teatro los últimos años de su vida, hay la bien cimentada sospecha de que se retrató en los siguientes versos de *La prueba de las promesas:*

— ¿Pareceos que vivo yo
ajeno de pretender?
— Al que honor, y de comer
en su patria el cielo dió
como á vos, nunca pensara,
que, por servir y rogar,
sufrir, temer y esperar,
el quieto gozar trocara.
— Esa don Illán, creed
que era moral elección;
pero la humana ambición
es una hidrópica sed.
¿Quien ha tenido reposo
en el más feliz estado?

(1) Acto III, escena II.

(2) Acto I, escena IV.

y quien fuera desdichado
si se juzgara dichoso? (1).

¡Qué verdades tan profundas encierra esta última redondilla y cómo comprendía la humana compasión ante el fatigoso anhelar de un porvenir incierto!

Para alentar á timoratos, para darse tal vez ánimos á sí mismo, el Juan de *No hay mal que por bien no venga,* nos dice que :

siempre ayuda al osado la fortuna (2),

verdad antiquísima que ratifica don Fernando en *El tejedor de Segovia,* cuando dice á sus compañeros de encierro :

Pues, ¡libertad! camaradas
que ayuda á los atrevidos
la fortuna (3),

y Persio, en *El desdichado en fingir,* cuando exclama :

Calla necio; que al osado
la fortuna favorece (4),

pero, reaccionando á veces, y como si se revelara contra lo injusto, se encarga de avisarnos que la suerte es para quien la encuentra, mas no para quien la busca. Ricardo, en *Mudarse por mejorarse,* dice :

Bien dicen que la ventura
huye de quien la procura,
y busca sin ser buscada (5),

(1) Acto II, escena I.
(2) Acto III, escena I.
(3) Acto I, escena II.
(4) Acto I, escena II.
(5) Acto II, escena XIII.

idea que corrobora en *El desdichado en fingir,* poniendo estos versos en boca de Arseno :

Bien se echa de ver, fortuna,
cuan ciega tus dones das,
pues al que merece más
te muestras más importuna (1).

Temeroso, no obstante, de que el desaliento se apodere de los inconstantes, y advirtiendo que á veces el no alcanzar depende de falta de diligencia, á fin de espolear á los perezosos, hace que Persio diga en la propia comedia, y después de alcanzado un triunfo que más tarde se malogra :

¿Ves como el haber hallado
ventura, en buscarla está? (2).

Haciendo bueno el popular aforismo que asegura que « no todos los desgraciados los hace Dios », y que muchos de los males que en la vida nos atribulan proceden de nosotros mismos, se sirve de Tristán, en *El examen de maridos,* para estampar esta palmaria verdad :

Tiempo, lugar y ventura
muchos hay que la han tenido:
pero pocos han sabido
gozar de la coyuntura (3).

Veamos ahora, con alguna calma, cómo se rebela contra exageraciones de la moda, y cómo en otras ocasiones disculpa, y

(1) Acto II, escena II.

(2) Acto I, escena XII :

¿No eres cazador mayor?
Busca, vela, ronda y traza,
que sin trabajos no hay caza
ni sin diligencia, amor.
(Tirso, *El pretendiente al revés.*)

(3) *Los favores del mundo,* acto I, escena XI.

aún defiende, masculinos atavíos. En *No hay mal que por bien no venga,* le hace decir al sensato don Domingo :

El vestido ha de servir
de ornato y comodidad
. . . .
El vestido pienso yo
que ha de imitar nuestra hechura ;
porque, si nos desfigura,
es disfraz que ornato no.

Vayan algunas citas graciosas referentes á los tocados de la época. Se sorprende García, recién llegado á Madrid, de la hermosura de las cosas, y al decirle el gracioso Hernando :

Aquí las mujeres y ellas
son en eso parecidas

expone aquél su sorpresa de esta manera :

Que edifiquen al revés
mayor novedad me ha hecho ;
que primero hacen el techo
y las paredes después,

á lo que contesta oportunamente Hernando :

Lo mismo, señor, verás
en la mujer, que adereza
al vestirse, la cabeza
primero que lo demás (1).

De las golas escaroladas se burla en distintas ocasiones. En *La verdad sospechosa,* dice :

¡Bien hubiere ese inventor
deste holandesco follaje!

(1) Acto I, escena I.

Con un cuello apanalado
¿Qué fealdad no se enmendó?

Á este aplauso de Tristán, contesta don García :

Por esa y otras razones
me holgara de que saliera
premática que impidiera
esos vanos canjilones.
Que demás desos engaños,
con su holanda el extranjero
saca de España el dinero
para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta
usándose, le estuviera
bien al rostro y se anduviera
más á gusto á menos costa (1).

El gracioso Beltrán refiere en *No hay mal que por bien no venga,* lo que, según él, le ocurrió al imaginado Pedro Núñez de Soria :

Ese pues poco dichoso,
tan pobre en un tiempo fué,
que por alcanzar apenas
para el sustento, jugaba
la mohatra y se adornaba
todo de ropas ajenas.
Riñó su dama con él,
y en un cuello que traía
ajeno, como solía,
hizo un destrozo cruel.
El dueño cuando entendió
a desdicha sucedida,
á la dama cuellicida
fué á buscar, y así la habló :
Una advertencia he de haceros
por si acaso os enojáis
otra vez, y es que riñáis

(1) Acto I, escena III.

con vuestro galán en cueros;
que cuando la furia os viene,
si vestido le embestis
haced cuenta que reñis
con cuantos amigos tiene (1).

Véase ahora con qué gracia describe la gallarda y caballeresca prenda usada por los varones de su tiempo, prenda que, aún pasados tantos años, cuelga airosa y elegante de los hombros españoles, y aún de algunas damas, que en su afán de *masculinizarse,* después de ataviarse con cuellos, corbatas y chalecos varoniles, penden también de sus hombros la gentil capa madrileña. Dice don Domingo en la comedia que acabo de citar:

La capa que el más curioso
y el más grave ha de traer,
modesto adorno ha de ser,
y no embarazo penoso.
Puesto á caballo, la silla
apenas ha de besar,
al suelo no ha de tocar
si pongo en él la rodilla.
Si la tercio cuando me es
forzoso sacar la espada,
deste lado derribada,
no ha de embarazar los pies;
y si la quiero tomar
por escudo, de una vuelta
que se dé sola, revuelta
en el brazo ha de quedar.
Que si es larga, sobre el daño
que en la dilación ofrece,
mientras la cojo parece
que estoy devanando paño (1).

(1) Acto I, escena I. Quejándose, más que de las modas de su tiempo, del afán, en no pocos, de aventurarse en el funesto deporte del lujo, escribía el austero Tellez:

¿Por qué hizo naturaleza
el tabí, la seda, el paño,
la holanda, el cambray, la estopa,
distinto al tacto y la vista?
Porque cada cual se vista
según su estado, la ropa

Porque sé que no tengo derecho á abusar de la ajena paciencia, y son varios aún los aspectos morales de la lira de Alarcón que deseo analizar, he de poner ya punto á la *conversación* de hoy, no sin repetiros lo que de antemano podéis sospechar, esto es, mi profundo agradecimiento por la cariñosa atención con que escucháis la lectura de este *Estudio,* que no aspira á más que á contribuír á la vulgarización del teatro alarconiano.

TERCERA Y ÚLTIMA CONFERENCIA

Señores :

Si aún flotan en este ambiente, sobrecargado de paciencia, algunos átomos de consideración hacia la labor ajena; si aun se conservan en los rincones del cerebro algunos adarmes de benevolencia, me permito solicitar la merced de que se me acuerden, por última vez, una y otra, prometiendo en pago de bondad tanta, realizar esfuerzos que para mí han de resultar abrumadores, á fin de que sea mi estilo lo menos desmayado posible, engalanando con bien escogidas citas, arideces retóricas y pauperismos de pensamiento.

En esta última etapa del camino, que de antemano me propuse seguir, no sólo recogeré sentencias éticas del teatro alarconiano, sino que haré alto en algunas coincidencias, dignas de ser señaladas por la crítica, entre obras de nuestro autor, y otras de Guillén de Castro y de Calderón de la Barca. Prestadme, pues, una vez más, vuestra amistosa atención.

El mayor número de los que me escuchan, recordará, sin duda, el argumento de *Las mocedades del Cid;* y no habrá tampoco olvidado aquella patética escena en que Diego Láinez, después de llamar á sus hijos, para dar con el vengador de sus honradas canas, se encara con Rodrigo, cual fiereza celebra. Se recordará también que el Cid tiene que llevar al campo al conde Lozano, padre de Jimena, que es luz de sus ojos y alma de sus sentidos, como no se habrán borrado de la mente aquellas so-

berbias estrofas en las que el Campeador delata su dolorosa perplejidad.

Ahora bien; léase la comedia de Alarcón titulada *La culpa busca la pena,* y en las escenas XVI y XVII del acto II, se encontrará análoga situación : don Fernando da un bofetón á don Antonio; cuenta éste el ultraje á su hijo don Sebastián, quien está ciegamente enamorado de doña Ana, hermana del ofensor. No he de malgastar minutos siguiendo paso á paso el desarrollo del lance, mas creo que unas citas bastarán para que se aprecie la igualdad de pensamiento en ambos autores.

Cuando Láinez llama al Cid, éste le contesta con el respetuoso « Padre, Señor ». Al llamamiento de don Antonio, responde don Sebastián :

Padre y señor, esa mano
me dad á besar,

beso que el padre rechaza, si bien estrechando á su hijo entre sus brazos, le dice :

Veníos;
que si bien á mis deseos
los brazos resisto en vano,
forzoso afecto de amor,
pero ni habéis de besarme
la mano, ni habéis de darme
nombre de padre y señor
antes que me hayáis oido
el fin con que os he llamado :
porque en sabiendo mi estado
no os halléis arrepentido,

y después de larga relación, en que refiere los pormenores que precedieron al ultraje, añade :

En presencia de testigos
que á las voces ocurrieron,
en la nieve de estas canas
imprimió sus cinco dedos (1).

(1) Acto II, escena XVI.

Y así como Láinez, al presentarse al rey, le dice :

Y sólo fue mano mía
Rodrigo.

Alarcón pone en boca de Antonio estas palabras :

Cuando el padre está incapaz
de vengarse, es deste cuerpo
el rostro, y el brazo el hijo
que puede satisfacerlo (1).

Parecidas quejas monologan el Cid y don Sebastián, al conocer la afrenta que vengar deben, pero hallo más calor, más ímpetu en el soliloquio de Rodrigo que en el del hijo de don Antonio. ¿ Será que era más trágica la vena dramática de Guillén de Castro que la de Alarcón ? Así lo creo.

Sabido es que por aquellos siglos se daba, por el vulgo de todos los países, extremada importancia á los agüeros, y se creía en el influjo de las estrellas. Nuestro autor, quiso, con una redondilla, dejar bien sentada la teoría racional y teológica, redondilla que nos recita doña Ana en *Paredes oyen :*

Del cielo es la inclinación ;
el sí ó el no todo es mío ;
que el hado en el albedrío
no tiene jurisdicción (2),

idea que contrapone á la que él mismo estampara en *Quien mal anda,* para atemperarse sin duda al común pensar, cuando dice :

Miente la opinión que pone
siempre elección de los actos
en la voluntad del hombre ;
miente ; que no hay albedrío ;
ley es todo, todo es orden

(1) Acto II, escena XVI.

(2) Acto I, escena XVIII.

dispuesto por los influjos
de los celestiales orbes (1).

Sin embargo, para oponerse á la teoría de la irresponsabilidad, incomprensible para quien cree y defiende el libre albedrío, satisfecho de la noble acción de don García en *Los favores del mundo*, y glosando la idea fundamental .

y si ya pude mataros
hago más en perdonaros
pues también me vengo á mí (2),

dice el marqués en *Ganar amigos ;* tesis que vuelve á defender en *Los pechos privilegiados,* al declarar don Rodrigo :

que es la más alta victoria
vencer la propia pasión (3),

y Ramírez, en *El tejedor de Segovia,* cuando pronuncia estas frases :

Rindiendo el cuello
al yugo de la razón,
pues es la hazaña mayor
vencerse á sí (4).

Mas donde con toda claridad defiende que *vir sapiens domina-*

(1) Acto I, escena V.

(2) Acto I, escena VII.

(3) Acto I, escena III

(4) Acto I, escena VI. Gaspar Aguilar, el célebre dramaturgo de la escuela valenciana, escribió en *La gitana melancólica,* jornada 2ª

Tu saliste vencedor
de todo cuanto emprendiste,
pues en la guerra de amor
á tí mismo te venciste,
que es la victoria mayor,

Antes que todos ellos había dicho Gómez Manrique :

« Que no sé mayor victoria
de todas quantas leí.

bitur astris — lema de *La vida es sueño* — es en *El dueño de las estrellas*. Allí escribe :

Y cuando vuestras estrellas
os inclinasen á efetos
tan injustos, vos sois sabio;
y el que ha merecido serlo,
es dueño de las estrellas :
y así con razón resuelvo
que sus más fuertes influjos
os están á vos sujetos (1).

Calderón hace soñar á Segismundo, Alarcón á don Juan, y ambos autores proclaman que no hay victoria más alta que el propio vencimiento; y si *El dueño de las estrellas* subió á la escena en 1618 y la inmortal obra de Calderón no fué escrita, según parece, hasta 1628 ó 1630, ¿ no puede estimarse la producción del ilustre mejicano, como inspiradora de *La vida es sueño*? Bien pudiera ser, sin que abrigue el intento de menoscabar, en lo más pequeño, la gloria imperecedera del autor del *Mágico prodigioso*. Hoy como ayer, y aún mañana como hoy, seguiré creyendo que *La vida es sueño* es la joya del teatro universal; y respetando como debo, y debo mucho, el parecer del maestro de los maestros, Menéndez y Pelayo, seguiré opinando que está por encima del *Alcalde de Zalamea*. Pedro Crespo es un hombre; Segismundo es el hombre : el primero cabe en la escena, el público lo comprende y lo admira; el segundo no cabe en el escenario, y, quizás por su simbolismo, requiere un espectador especialmente preparado. En el mundo sublunar hubo, hay y habrá varios caracteres como Crespo; en cambio,

nin digna de mayor gloria
para perpetua memoria
que vencer el onbre a sy »,

probando estas citas que la idea del propio vencimiento, lanzada por moralistas y ascetas, había penetrado hondo en el intelecto hispano.

(1) Acto II, escena II.

Dice el erudito Puyol y Alonso, que el apólogo del conde de Lucanor, capítulo LIV, titulado *De la honra de este mundo*, tiene el mismo asunto que Calderón siguió paso á paso en *La vida es sueño*. (*El Arcipreste de Hita*, pág. 51.)

una individualidad con tan universales rasgos, como los que muestra Segismundo, difícilmente volverá á presentarse en el teatro.

Omito otras consideraciones sugeridas por el estudio de ambas obras, porque sé que mi admirado amigo y célebre hispanista Farinelli, á quien tanto deben las letras españolas, está dando los últimos toques á su obra monumental sobre *La vida es sueño*. Cuando los maestros van á hablar á los que no lo somos, la prudencia nos aconseja que callemos.

Descartadas las dos coincidencias á que al principio me refiriera, continuaré espigando máximas y sentencias morales en el teatro de Alarcón, verdaderas flores que, después de aspirado su delicado perfume, ofrezco al deleite y admiración de los gustadores de la belleza.

Cervantes nos había dicho que « obediencia es cortesía »; y Alarcón, glosando la idea, escribe en el acto primero de *La prueba de las promesas :*

Más virtud es, Blanca hermosa,
en este caso presente,
responder por obediente
que callar por vergonzosa,

y más adelante, en el mismo acto, pone en labios de don Enrique la siguiente frase :

Si esconderme es cobardía
es fineza obedecer.

saludable consejo á los que, por sentar plaza de bien educados, pierden el tiempo en remilgadas excusas.

Á fin de que no se engrían los que sin méritos logran, ni se amilanen ante las humanas injusticias los que debían ser merecedores de loores y premios, pregona Alarcón, en *La verdad sospechosa,* una consoladora sentencia, al decir que :

Una cosa es alcanzar,
y otra cosa es merecer (1),

(1) Acto I, escena XIV.

que no suelen andar, por desgracia, juntos méritos y recompensas.

Haciendo coro con los caballeros de la época, y sus pintores, defiende nuestro poeta el honor en varios lugares, sobriamente, no con los pomposos lirismos de que tanto gustaban los castellanos dramaturgos. Del femenino dice en *El dueño de las estrellas :*

Á la mujer que es honrada
no la tienen tan guardada
inexpugnables paredes
como su propio valor.
Viviendo tú, como debes,
nunca de escrúpulos leves
temas ofensa en tu honor (1).

En *Ganar amigos* pone en boca de doña Flor los siguientes versos, que bien recuerdan otros muy conocidos de la *décima musa :*

es el honor cristal puro
que se enturbia del aliento (2),

y don Diego, en la misma comedia, afirma con hermoso laconismo :

que es más pesada y más fuerte
en quien es noble la muerte
del honor, que de la vida (3).

De la plática del marqués con el conde, en *El tejedor de Segovia*, y en una escena que trae á la memoria otra de *La verdad sospechosa,* que luego citaré, recojo los siguientes versos :

— ¿Vos sabéis
que sois señor?
— Sé á lo menos
que vos lo sois, y que soy

(1) Acto I, escena XII.
(2) Acto I, escena I.
(3) Acto II, escena V.

vuestro hijo y heredero
— Pues no, no está en heredarlo
sino en obrar bien, el serlo (1).

En la comedia últimamente citada, y en aquella inimitable escena en la que don Beltrán afea la conducta de su hijo, escena que aún sabiendo que se profana transcribiendo sólo retazos de ella, no puedo copiar íntegra por su extensión, se leen verdades tan calificadas como éstas :

Sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo,
. . . .
luego en obrar mal ó bien
está el ser malo ó ser bueno
. . . .
Pues si honor puede ganar
quien nació sin él ¿no es cierto
que, por el contrario, puede
quien con él nació, perdello (2).

Y en *Los empeños de un engaño*, advierte á los que ostentan ilustres apellidos :

que no es bien que de los hombres
que nacieron principales
conozcan los tribunales
en casos de honor, los nombres (3),

advertencia que bien vale decir cuanto debe cuidar la juventud de su apellido, huyendo de cualquier acto que pueda enlodarlo.

Porque la palabra era sagrada, y á la fe del caballero se daba tanto ó más valor que á un contrato notarial, puede decir el marqués en *Ganar amigos :*

(1) Acto I, escena XIV.
(2) Acto II, escena IX.
(3) Acto III, escena XII

Basta para que yo cumpla
mi palabra, haberla dado (1).

Aquel cómodo don Domingo de don Blás, que en tocando á la lealtad y al honor, olvida su propio regalo, á la observación que, en *No hay mal que por bien no venga,* le hace Nuño :

Es la cota muy pesada,
no la sufrirás, señor

contesta caballerescamente :

En tocando al pundonor,
Nuño, no me pesa nada (2).

¡Qué hermosa contestación! Y en el acto siguiente, como sorprendido de que atesorase fuerzas para substraerse á la buscada molicie, le dice á don Juan :

Nunca, D. Juan, pensara
que la lealtad dormida
en ocïos de la vida
con tan ardiente furia despertara
á una voz halagüeña
que el daño esconde, cuando el premio enseña (3).

¡Cuán bien retrata este último verso el deseo de la defensa del honor! Hay que convenir en que perfecto caballero debió ser, pues, de la abundancia del corazón habla la lengua, quien sabe hacer razonar de tal suerte á sus personajes.

Aconseja prudencia, cuando dice doña Lucrecia á doña Clara, en *La verdad sospechosa :*

Hasta aquí te lo he callado,
porque muestra liviandad

(1) Acto I, escena IX.
(2) Acto II, escena X.
(3) Acto III, escena XII.

la que sin necesidad
manifiesta su cuidado (1),

y aún reprende á los caracteres que, pecando de ligeros, pareciéndose en esto á los inexpertos marineros que echan anclas en cualquier bajío, confían sus cuitas al primero con quien topan, haciendo que el príncipe diga en *Los favores del mundo :*

No me tendrá por discreto,
si aun no empieza á ser mi amigo
cuando le fío un secreto (2).

Burlándose de los que gustan levantar tan sólo el velo de un asunto, dando lugar á que la sospecha acrezca lo que se calla, dice Leonor, en *Los pechos privilegiados :*

que el que un secreto pondera
y lo calla, hace mas daño,
dando ocasión á un engaño
que declarándolo hiciera (3).

Quien obra mal, lógico es que guarde enemistad á su víctima, pues está en lo humano que mientras ésta viva, recuerde el daño sufrido, y aún, si puede, lo publique, pues á no pocos les gusta parecer ángeles siendo demonios. Por esto afirma el conde en *Los pechos privilegiados :*

que aborrece el poderoso
al que dél está ofendido (4).

Gran virtud es la cautela, y Alarcón la encarece cuando pone en boca de don García, en *Mudarse por mejorarse,* esta saludable advertencia :

(1) Acto II, escena III.

(2) Acto II, escena X.

(3) Acto I escena X.

(4) Acto II, escena II.

quien el daño no previene
acuse su confianza (1).

Para ponderar como debe guardarse la especie que secretamente se nos confíe, hay estos versos en *Ganar amigos,* debiendo advertir, para su más clara comprensión, que vienen á las manos don Fernando y el marqués, y aunque ya en el suelo el primero, dice :

Resuelto á callar estoy

y como el marqués le pregunta :

¿Que os resolvéis en efecto
si con la muerte os obligo
á no decirlo?

contesta Fernando caballeresca y heroicamente :

conmigo
ha de morir un secreto (2).

Bueno, y aún digno de alabanza es quien se expone á peligro por justa causa, pero, y habla don Domingo, en *No hay mal que por bien no venga :*

Quien la vida á riesgo pone
donde no le va la vida
hace una gran necedad (3),

como gran necedad es convertirse sin necesidad en dómine; y así dice en *La prueba de las promesas :*

Y jamás aconsejéis
á quien sabe más que vos,

(1) Acto I, escena I.
(2) Acto I, escena XII.
(3) Acto II, escena IV.

y al poco rato en la misma escena :

no examine — que es error —
ni el criado á su señor,
ni al que sabe el ignorante (1).

Generalizando más el concepto, con el objeto, sin duda, de prevenir á bien intencionados oficiosos, afirma en *Todo es ventura,* que :

Siempre ha sido el advertir
el santelmo del errar (2).

¡Cuántas veces de los altercados, entre personas bien nacidas, nacen sinceras amistades! Alarcón glosa la idea, cuando le hace decir al rey en *Los pechos privilegiados :*

que de las pendencias suele
nacer la amistad mayor (3).

Después de habernos dicho, en *El dueño de las estrellas,* que :

de razón carece
quien á un sabio no venera (3),

en *Todo es ventura* nos cuenta el siguiente chascarrillo, que bien vale la afirmación vulgar que « el sabio no sirve para nada » :

Un sabio á todos tenía
la condición tan opuesta
que siempre entraba en la fiesta
cuando la gente salía ;
y el fin desto preguntado
era por dar á entender,

(1) Acto II.

(2) Acto I, escena IX.

(3) Acto I, escena IV.

(4) Acto II, escena I.

que los sabios no han de hacer
lo que el vulgo, siempre errado (1).

¿ Serán alusivas las anteriores redondillas ? Bien podría ser. Así como el continuado lamento es fastidioso, así Inés nos asegura, en *El examen de maridos,* que :

preciarse de dichoso
nunca ha sido acción de cuerdo (2).

En bonancibles tiempos suelen ser los mortales apacibles y discretos, pero cuando soplan vientos de amargura ¡cuán pocos recuerdan que el dolor engrandece y sublima las almas! No podía dejar Alarcón que esta profunda verdad no sonara en las tablas, y por ello la pone en labios de don Juan en *Los favores del mundo :*

Cualquiera, señor, es sabio
donde no hay dificultad ;
la mansedumbre y piedad
se tocan en el agravio (3).

Excelsa virtud es la paciencia, y así, glosando doña Leonor, en *Mudarse por mejorarse,* el lema favorito de la doctora de Ávila, declara que :

el que no espera no alcanza (4),

pero receloso de que las gentes de su tiempo no comprendieran el verdadero sentido del verbo esperar, y se entregasen á una pasiva confianza, rayana en el fanatismo, se sirve como de portavoz de don Beltrán, en *Paredes oyen,* para decir :

¿ Tu piensas que el esperar
es alguna confección

(1) Acto III, escena IX.
(2) Acto II, escena XIV.
(3) Acto III, escena XVII.
(4) Acto I, escena XIII.

venida allá del Japón?
El esperar es pensar
que puede al fin suceder
aquello que se desea;
y quien hace porque sea
bien piensa que puede ser (1).

Encarándose con los que, por anticiparse á los acontecimientos, se convierten en mensajeros de desventuras, les dice, valiéndose de don Ricardo, en *Mudarse por mejorarse:*

El prudente prevenido
espera el peor suceso:
pero, señor, no por eso
lo ha de dar por sucedido (2).

Por aquellos tiempos ya debían existir esos seres que, por sentar plaza de consecuentes, no quieren mudar de opinión: contra ellos cierra nuestro autor, haciendo que diga don García en la comedia que acabó de citar:

El mudar de pareceres
con causa, de sabio es.
La mudanza es liviandad
cuando sin nuevo accidente,
le da causa solamente
la propia facilidad (3),

idea que repite don García, en *Los favores del mundo:*

Al que muda con causa de consejo
no puede darse nombre de liviano (4),

Aquel don Beltrán, que nos recuerda *El perfecto caballero* de

(1) Acto I, escena I.

(2) Acto II, escena XII.

(3) Acto I, escena I.

(4) Acto II, escena XV.

Guillén de Castro, razona de esta manera con su hijo en *La verdad sospechosa:*

> No apruebo que os arrojéis,
> siendo venido de ayer
> á daros á conocer
> á mil que no conocéis,
> sino es que dos condiciones
> guardéis con mucho cuidado,
> y son : que juguéis contado
> y habléis contadas razones (1),

y aun más, recuerda la obra del turbulento valenciano, cuando en *Las paredes oyen,* dice :

> Lengua honrosa, noble pecho,
> fácil gorra, humano rostro,
> son voluntarios Argeles
> de la libertad de todos (2),

idea que aún ciñe más, y aún más aprieta, don Domingo, en *No hay mal que por bien no venga,* cuando escribe :

> Que si obligar voluntades
> la mayor riqueza es,
> riesgos busca el descortés,
> y el cortés seguridades (3).

¡Cuánto convendría recordar estos consejos, á varios que aseguran con desigual desenfado, que se han educado en tal ó cual Universidad, cuando sus hechos y palabras demuestran que no se educaron en ninguna!

Volviendo al tema fundamental de este estudio, tras este breve descanso, diré que, refiriéndose á las morales miserias que nos afligen, el conde de *El tejedor de Segovia,* nos participa que :

(1) Acto II, escena IV.

(2) Acto I, escena XVII.

(3) Acto I, escena XII.

mal reposa un agraviado,
mal sosiega un ofendido (1),

por cual razón, la valerosa Jimena de *Los pechos privilegiados,* amonestando al que con maternal solicitud criara, le dice :

Sándio, Rodrigo, seredes
en atender confiado,
nin la fe de un ofendido,
nin la piedad de un contrario (2),

concepto que ya no se borra de la mente del noble, pues en la escena siguiente lo repite en esta forma :

pero yo, considerando
que es necia la confianza
y que es prudente el recato (3).

¿ Tropezaría Alarcón con algún falso amigo ? Bien puede ser; que sobrados ángeles malos caminan por estos mundos, á quienes puede decir Hernando en *Los favores del mundo :*

que nadie llega á besar
sin intento de morder (4),

como afirmar puede Julia, en la misma comedia, que :

no hay enemigo peor
que el que trae rostro de amigo (5),

Sabiendo cuántos males suele acarrear la credulidad excesiva, dice Julia en *Los favores del mundo :*

(1) Acto III, escena XIV.
(2) Acto III escena I.
(3) Acto III, escena II.
(4) Acto I, escena VII.
(5) Acto II, escena XIII.

¡Que bien la supo engañar!
Quien camina descuidado
es fácil de saltear (1),

como exclama don García, en *La verdad sospechosa:*

¡Qué fácil de persuadir
quien tiene amor, suele ser!
¡Y qué fácil en creer
el que no sabe mentir! (2),

y comprendiendo que el malvado aborrece á cuantos conocen sus fechorías, proclama esta otra verdad, sirviéndose de la precitada Julia:

porque todos quieren mal
á quien sus delitos sabe (3),

como el exacto conocimiento del corazón humano le dicta esta otra sentencia que pone en los labios del marqués en *El examen de maridos;* allí dice que:

ni obra el bueno como malo,
ni obra el malo como bueno (4).

Á los poco aprensivos, á cuantos anteponen á lo noble y á lo honrado su provecho personal, les dice irónicamente en *Los empeños de un engaño:*

Que mientras los casos dan
remedio más importante,
vivir, y trampa adelante
es en la Corte refrán (5).

(1) Acto III, escena XIII.
(2) Acto II, escena X.
(3) Acto III, escena XV.
(4) Acto III, escena XVI.
(5) Acto I, escena VI.

Bondadoso por temperamento, y aún sabiendo cuánto dolo, falsedad y engaño hay en el mundo, dice en *Los pechos privilegiados :*

Los malos honran los buenos,
como honra la noche al día;
que sin tinieblas, tendría
el mundo la luz en menos (1).

Aun cuando no se sabe que viviera preso en amorosas redes, también tiene del diosecillo que trae revuelto el mundo, cabal idea, que basta ser observador para notar las desazones que engendra en el pecho de los mortales. Sabía que :

Apaga el cierzo violento
llama que empieza á nacer;
mas en llegando á crecer
le aumenta fuerzas el viento (2).

Como advierte que el deseo de posesión acrece el valor de lo pretendido, afirma Tristán en *La verdad sospechosa,* que :

miraslos ya con antojos
que hacen las cosas mayores (3),

y porque es innegable la tiranía del amor, al extremo de que, según el conde en *Ganar amigos :*

lo feo
amado parece hermoso,
y es bastante parecello (4),

conviene, por boca del mismo conde, en que :

quien ama á un defectuoso
ama también sus defectos (5).

(1) Acto I, escena III.
(2) Acto I, escena XIX.
(3) Acto I, escena XIII.
(4) Acto III, escena XVI.
(5) Acto III, escena XVI.

El gracioso Tristán, de *La verdad sospechosa*, exclama amargamente :

¡Que ninguno se conozca ! (1),

y porque no nos conocemos, estimamos calumnias la manifestación de nuestras debilidades. Estos pregoneros de ajenas faltas, olvidan que un deber de caridad nos aconseja perdonar el defecto del prójimo, á fin de que éste, á su vez, corra un velo sobre nuestras miserias. Entendiéndolo así Alarcón, se sirve de Inés, en *El examen de maridos*, para dar el saludable consejo que contienen los siguientes versos :

Pues nadie, si es discreto
dice al otro su defeto (2),

Aun siendo las faltas conocidas, y por aquello de que « no todas las verdades son para dichas », deben callarse las ajenas, pues, y habla la citada Inés :

que, aun públicos los defetos
hace, quien los dice, ofensa (3).

Al notar cómo en obras diversas arremete briosamente contra los maldicientes, se advertiría, si de antemano no lo supiéramos, que fué nuestro autor blanco de la calumnia, y que en sus versos fustigaba á quienes tan vilmente le zaherían. En *La prueba de las promesas*, y como don Juan dijera :

¿Que hay quien quiera
tal engaño persuadir?

contesta el Tristán, tantas veces nombrado :

Pues, señor, á no mentir
el maldiciente ¿lo fuera?

(1) Acto III, escena VIII.
(2) Acto II, escena VII.
(3) Acto II, escena VIII.

Aquel es murmurador
que divulga falsedades;
que á quien dice las verdades
le llamo predicador (1).

En *Todo es ventura,* Enrique mató á un hombre que no sabe quien es, ni por quien lo mató, entablándose entre él y Tristán, otro personaje de la misma comedia, el siguiente diálogo :

— lo mismo que al maldiciente
poeta te ha sucedido (2)
— ¿Di cómo?
— Que porque huya
de la sátira la pena,
por más que le salga buena
no puede decir que es suya;
y después que la memoria
y entendimiento ha cansado,
se queda con el pecado,
y no se lleva la gloria (3).

En *Las paredes oyen,* amonesta piadosamente á cuantos hablan mal del prójimo, y bien puede asegurarse que toda la comedia tiende á combatir tan feo vicio :

Después que uno ha dicho mal
¿saca de hacerlo algun bien? (4),

exclama, no sin antes haber advertido el peligro de tan fea costumbre, afirmando don Juan como

cosa segura
que tiene aquel que murmura
en su lengua su enemigo (5).

(1) Acto III.

(2) ¿Aludiría al Conde de Villamediana?

(3) Acto I, escena IX.

(4) Acto III, escens V.

(5) Acto I, escena I.

Aún va más allá, Alarcón, en su afán de doctrinar, pues le advierte al murmurador que debe corregirse, so pena de que se le haga el vacío á su alrededor, ya :

que cada cual entre sí
dice, oyendo al maldiciente :
« Este cuando yo me ausente
lo mismo dirá de mí (1).

Resumiendo el pensamiento fundamental de comedia tan hermosa, pone en boca de doña Ana unas cuantas redondillas, de las que copio la siguiente :

Tu lengua te condenó
sin remedio á mi desdén :
á toda ley, hablar bien :
que á nadie jamás dañó (2).

El irreflexivo entusiasmo suele acarrear, pasada la momentánea ofuscación, no pocos sinsabores, ya que la pasión se empeña en nublar nuestra inteligencia, por cual motivo dice Tristán á don García, en *La verdad sospechosa :*

Disimula, y ten paciencia ;
que el mostrarse muy amante
antes daña que aprovecha,
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas (3),

y el mismo personaje, reprendiendo la facilidad con que don García abre su corazón al que llega á golpearle, le dice :

No te entregues tan de veras ;
que suele dar quien se arroja
creyendo las apariencias

(1) Acto III, escena V.
(2) Acto III, escena XVI.
(3) Acto I, escena VIII.

en un pantano cubierto
de verde, engañosa hierba (1).

Notando cómo se desvanecen las humanas grandezas, y cómo ruedan de la cumbre al valle los que más firmes parecen en sus elevados puestos, dice Sancho, en *El desdichado en fingir:*

si empieza á caer un hombre
hasta el postrer mal no para (2),

asegurándonos Claudio, en la propia comedia, que :

es propio bajar más presto
quien más levantado está (3).

Dándose cuenta de que la proximidad de la posesión acrecienta nuestros deseos, nos participa Persio, siempre en la misma comedia :

que es tanto más el tormento
cuanto el bien más cerca está (4).

También nos aconseja el genial dramaturgo que seamos prudentes, y recordando, sin duda, aquellos versos del Romancero, que :

Á veces de altos deseos
nacen esperanzas locas

nos advierte que sólo debemos solicitar aquello que en justicia tenemos derecho á obtener. Véase de qué magistral manera desenvuelve el concepto por boca de don García, en *Los favores del mundo :*

Porque quien llega á pedir
lo que no es justo negar,

(1) Acto I, escena VIII.
(2) Acto II, escena V.
(3) Acto II, escena VI.
(4) Acto I, escena VI.

no deja elección al dar,
y se obliga á conseguir (1),

como la prudencia nos aconseja, no pocas veces, que callemos, consejo que nos recuerda don Juan en *Paredes oyen,* cuando dice :

lo que siente el pensamiento
no siempre se ha de explicar (2).

Sabiendo, á fuer de honrado y leal, que de todos los caminos para el logro de un deseo, el más fácil es el llano, nos advierte, valiéndose de don Félix, en *Mudarse por mejorarse,* que :

en el más pequeño río
no hay vado como la puente (3),

asegurando Figueroa en la misma comedia, y el aserto por lo claro y lógico no ha menester ponderación, que :

el más largo prometer
no iguala al más corto dar (4),

como el menos leído sabe, con Ardenia, de *El desdichado en fingir,* que :

es muy larga la distancia
desde el decir al hacer (5).

De acuerdo también con la popular filosofía, fuerza será aceptar el parecer de Clara cuando afirma en la propia obra que :

(1) Acto I, escena V.

(2) Acto I, escena I.

(3) Acto III, escena I.

(4) Acto II, escena XIII. En el Romancero 7° de Albedamar se lee :

¡ Del prometer al cumplir
qué jornadas hay tan largas !

(5) Acto II, escena VII.

nunca hicieron daño
aunque sobren, los consejos (1).

Van las riquezas al que ya riquezas atesora, como van las aguas al mar; y como ni entonces se viera, ni es fácil que se vea nunca, que el poderoso renuncie á cuanto tienda á aumentar su caudal, el gracioso Tristán, de *El desdichado en fingir,* nos advierte que :

es como pimienta el oro
que al que más come, más pica (2).

No hay que devanarse los sesos, ni permitir que la loca de la casa fantasee más de lo justo, ante un bien soñado ó una desdicha cierta. Sancho, en la propia comedia, nos aconseja saludablemente, cuando nos dice :

No dar á la causa aumento
que crece de imaginar (3).

debiendo tener paciencia, y recordar con Juan, de *El tejedor de Segovia :*

que al fin viviendo
se vence y se alcanza todo (4).

« Deme Dios contienda con quien me entienda », dice el pueblo, y dice bien; el conde, en el citado *Tejedor,* glosando aquella idea, nos asegura que :

con un loco en vano son
amenazas ni consejos (5).

Porque no hay crimen que quede impune, y conviene insistir, con ansias moralizadoras, para que la idea se aposente y arrai-

(1) Acto III, escena III.
(2) Acto I, escena II.
(3) Acto II, escena II.
(4) Acto I, escena VIII.
(5) Acto I, escena XIV.

gue en el cerebro popular, dice el gracioso Chichón, en la misma comedia :

Tarde ó presto á la traición
el castigo corresponde (1).

Sólo legitima la traición una vez, y aun con fines moralizadores, y la disculpa como justo castigo de otra traición mayor. Como don Juan, en *El semejante á sí mismo*, le echa en cara á don Sancho el que tomase los dineros á don Diego para ayudarle, y luego rehuya el cumplimiento de lo ofrecido, defiéndese el citado Sancho diciendo :

Mas iba con intención
de tomallos y engañalle;
que en traición es bien pagalle
á quien compra con traición (2).

Antes dije, y demostré, que á Alarcón algo se le alcanzaba del difícil arte de gobernar á los hombres, y ahora va una cita para probar que tampoco era lego en asuntos militares. Buena prueba de ello la tenemos en la siguiente redondilla que pone en labios de don Fernando, el protagonista de la obra últimamente citada :

Pero amigos, advertid
que en la guerra es vencedor,
más el orden que el valor,
más que la fuerza, el ardid (3).

Golpeando en el mismo yunque, ó séase, no perdiendo ocasión para encarecer prudencia, aún en los casos más dificultosos, dice el marqués en *Ganar amigos :*

¡ Maldiga
el cielo al necio imprudente

(1) Acto III, escena XVII.
(2) Acto II, escena VI.
(3) Acto II, escena I.

que con enojo presente
á lo futuro se obliga! (1),

y en cuanto á esto de los enojos, advierte que hay que ser tolerantes con los demás y dejar olvidada la propia irascibilidad en el no interrumpido comercio de la vida. Inés nos lo avisa, en *El examen de maridos* :

que mal logrará deseos
quien obliga con enojos (2).

Quien queriendo, ó sin querer, pues á veces no depende de la propia voluntad, suscita envidias, debe andar precavido y receloso, pues la misma dama, modelo de discreción, espolea nuestra vigilancia diciendo :

... á la envidia y al cuidado,
marqués, no hay cosa secreta (3).

El señorío de Alarcón, su evidente desvío por cuanto era bajo, torpe ó vulgar, se adivina con sólo leer atentamente sus obras, como en ellas se nota el empeño de que pajes y lacayos, criados y graciosos, esto es, todo el escuderaje, no se atreva á invadir estrados ni á familiarizarse con los nobles. Y porque viera quizás que los donceles eran en exceso confiados, y las damas en demasía imprudentes, excesos y demasías que los dramaturgos de la época llevaron á las tablas, como grito de protesta pone estos versos en boca de don Juan, en *El semejante á sí mismo*, una de las primeras comedias, si no la primera, que escribiera Alarcón :

Parecídome has lacayo
de comedia, pues extrañas
que yo no te comunique
los secretos de importancia

(1) Acto II, escena XI.
(2) Acto I, escena XVIII.
(3) Acto II, escena VI.

al lacayo que más sabe
basta escucharle las gracias (1).

Y en *El tejedor de Segovia,* dícele el conde á su criado :

Eso Fineo es servir
que un criado ha de advertir
mas no ha de ser consejero (2).

Si estas dos citas bastan para declarar el pensamiento de nuestro autor, respecto al papel que deben desempeñar los criados, los siguientes versos que pone en labios de Ochavo, el gracioso de *El examen de maridos,* entrañan saludable advertencia á los caballeros :

Que cualquiera que fiare
de criados un secreto
vendrá á arrepentirse tarde (3).

Porque el propio provecho no obtiene nunca la ajena gratitud, dice Inés, en *El examen de maridos :*

quien su negocio hace
á nadie con él obliga (4),

saludable aviso á los egoístas de todos los tiempos. Y esta misma dama, dando no interrumpidas muestras del más útil, aunque el más escaso de todos los sentidos, el común, nos advierte también que :

méritos no premiados
son litigiosos derechos (5).

No siendo un misterio, para la misma juiciosa doncella, la facilidad con que ciertos letrados apadrinan malas causas, al

(1) Acto I, escena I.
(2) Acto I, escena I.
(3) Acto I, escena IV.
(4) Acto I, escena XIX.
(5) Acto II, escena XIV.

enterarse de que don Guillén de Aragón trae pleitos, y al escuchar de Beltrán :

... dicen que con derecho;
que sus letrados lo afirman

exclama sentenciosamente :

Ellos ¿cuándo dicen menos? (1).

Alguaciles y corchetes, y aún los escribanos, fueron por aquellas épocas, motivo de burlas sangrientas, y en sus cabezas se acumulaba todo el odio popular. ¡Infelices representantes de la justicia terrena, apaleados no pocas veces con sus propias varas! Alarcón, que se hiergue siempre altivo, ante cuanto se separa de lo justo, toma á su cargo la defensa de la aborrecida clase, y escribe los siguientes versos en *El tejedor de Segovia,* cual concepto moral y social, acrece porque los dice, ¿ quién ? don Fernando, que se ve perseguido por la justicia :

antes me fastidian
los que, de oficio, aborrecen
á los ministros. Por dicha
¿no ha de haberlos? ¿ No han de serlo
hombres? Acaso querías
que no haya algunos que prendan
donde hay tantos que delincan? (2).

Traslado debiera darse de estas líneas á las actuales turbas populares, que confundiendo, por ignorancia, la sensibilidad con la sensiblería, suelen ponerse del lado de los que hacen oficio de vivir de espaldas á la ley, y burlan y zahieren á los representantes del orden social.

Jugando del vocablo, el gracioso Redondo, en *Mudarse por mejorarse*, consigna la verdad que va á leerse, refiriéndose á la calle Mayor de Madrid :

(1) Acto II, escena XIV.

(2) Acto II, escena III.

Calle en que es bien que se calle;
que no medra quien no calla (1).

Don Beltrán, en *La verdad sospechosa,* y dándose cuenta de los vicios que afean á los mortales, dice :

Siempre vieron muchos males
los que mucha edad vivieron (2)

juiciosa reflexión, que corre parejas con la siguiente que pone en labios del marqués en *Mudarse por mejorarse :*

que la posesión, pensad
que no es la gloria mayor (3)

y con el dicho de Octavio, en la propia comedia :

el que acomete y no vence
queda feo y desairado (4).

La idea del pedir inspiró á nuestro autor ingeniosísimos conceptos que se hallan desperdigados en varias de sus obras. Recogeré algunos.

Hernando, en *Los favores del mundo,* y refiriéndose á las mujeres, dice :

Diestras pudieras decir
en la herida del pedir
que es su primera intención
Cífrase, si has advertido,
en la de mejor sujeto,
toda la gala, en el peto,
toda la gracia, en el pido.
Tanto la intención cruel
sólo á este fin enderezan,

(1) Acto I, escena XI.
(2) Acto II, escena VI.
(3) Acto II, escena I.
(4) Acto I, escena VIII.

que si el Padre nuestro rezan
es porque piden con él (1).

El mismo gracioso, y como Anarda, que está en escena con Julia, le dijera que quiere pedirle, contesta :

Pues bien podéis despediros
¿Para pedirme, decid
solo me llamáis las dos?
Animosas sois, por Dios,
las mujeres de Madrid.
Que pida la que se ve
de mí rogada y querida,
vaya, mi amor la convida,
y pues pido, es bien que dé.
Que la mujer que hablo yo
en la iglesia, tienda ó calle,
me pida, vaya, el hablalle
ya por ocasión tomó.
Más ¡llamarme, hacerme andar
y luego pedirme! Es cosa
el dar, tan apetitosa,
que he de andar yo para dar (2).

Mas donde vuelca la gracia á chorros y el ingenio á cantarazos, corriendo todo ello parejas con la tersura del verso y la facilidad de la rima, es en *Las paredes oyen*. Allí dice Beltrán :

¿Es el azar encontrar
una mujer pedigüeña?
Si eso temes, en tu vida
en poblado vivirás,
porqué ¿donde encontrarás
hombre ó mujer que no pida?
Cuando dar gritos oyeres
diciendo : « Lienzo » á un lencero
te dice : « Dame dinero

(1) Acto I, escena I.
(2) Acto I, escena VII

si de mi lienzo quisieres »
El mercader claramente
diciendo está, sin hablar:
« Dame dinero, y llevar
podrás lo que te contente. »
Todos, según imagino,
piden; que para vivir
es fuerza dar y pedir
cada uno por su camino:
con la cruz el sacristán,
con los responsos el cura,
el monstruo con su figura,
con su cuerpo el ganapán,
el alguacil con la vara,
con la pluma el escribano,
el oficial con la mano,
y la mujer con la cara, etc. (1).

Clara idea tenía Alarcón de los tropiezos con que la pobreza lucha, tanto que en *La industria vence la suerte,* ya asegura que:

la pobreza es tan medrosa,
que aun para la cortesía
falta el ánimo (2)

y aún creyendo que no llegó nunca la necesidad á mostrarle su desencajado rostro, carácter observador, adivinaba en ajenas almas las torturas del no tener, adivinanzas que fué consignando en varias de sus obras.

Dice Hernando, en *Los favores del mundo:*

Quien no tiene es un demonio,
y quien tiene un serafín (3)

y el gracioso Encinas, de *Ganar amigos,* afirma que:

(1) Acto I, escena XVI.

(2) Acto I, escena I.

(3) Acto II, escena IX.

En el pobre
pasa el oro por alquimia (1).

Disculpando posibles distracciones en quien carece de lo indispensable, pregunta Constanza, en *No hay mal que por bien no venga:*

¿Qué delito no se espera
de la vil necesidad? (2).

Glosando aquella idea, que tan fieramente araña los pechos nobles

¿Cuando hubo pobreza sabia
ni cuando abundancia necia? (3)

dícele el gracioso á don Juan, en *Paredes oyen:*

No hay pobre con calidad:
si un villano rico fueres
á fe que nunca tuvieras
en verla dificultad (4).

La desventaja del pobre queda cruelmente pintada en los siguientes versos de *El desdichado en fingir:*

Pues sabes que más ventaja
no me lleva que el dinero
— Como de ser á no ser
es la ventaja, y lo fundo
en que sólo tiene el mundo
un linaje que es tener (5)

(1) Acto II, escena VII.

(2) Acto II, escena I.

(3) Oponiéndose á este pensar, dice C. Suárez de Figueroa en *El Pasajero:* « ¡ Oh, cuántos discípulos de discreciones hace la calamidad, y cuantos catedráticos de necedades la riqueza! »

(4) Acto I, escena III.

(5) Acto I, escena II.

concepto éste, mejor dicho verso, el último, que repite en *No hay mal que por bien no venga*. Dice Beltrán :

Puesto que no tiene el mundo
más linaje que tener (1).

En otra de sus comedias, y vaya la última cita referente á la falta de dinero, escribe :

Te certifico
que en la tierra donde estás,
es el linaje del rico
el que á todos deja atrás
No se opone á la riqueza,
si es pobre, aquí la nobleza :
que si he de decir verdad,
dineros son calidad ...
y la pobreza es vileza (2).

Respecto á esta idea de la pobreza, deber de justicia es dejar asentado que ella no es exclusiva de Alarcón; la llevó al teatro, como las más de las que apuntadas quedan, para que no desesperasen los no favorecidos por la fortuna, al notar que fueron muchos los que en todas edades tuvieron que conformarse con las estrecheces del vivir. En *Calila e Dymna*, cita que debo al erudito señor Puyol y Alonso, y en el capítulo V, se lee : « El que non ha haber non ha seso en este siglo nin en el otro; ca el home cuando le acaesce pobredat ó mengua, desechanle sus amigos et apartanse del sus parientes et sus querientes e desprecianlo », etc.; y en el *Libro del caballero*, se dice : « ca la bienandanza et el poder et la riqueza face seer á home más amado et más preciado de las gentes de cuanto non sería si tan bien andante non fuese », etc.

Como se ve, desde que el mundo es mundo :

sea un ome nescio, et rudo labrador
los dineros le fasen fidalgo e sabidor

(1) Acto II, escena X.

(2) Acto I, escena VII.

como dijo su homónimo don Juan Ruiz, archipreste de Hita.

Grave cargo se le ha dirigido á Alarcón por no haber pintado, ó no haber querido pintar, mujeres de acabada moral, perfecta, pues las más salen de su lira grave y austera, movedizas y volubles, siendo en su conjunto inferiores á los galanes. Respetando ajenos pareceres, debo declarar que me parece exagerado el cargo. Cierto que no llega á las idealidades de Lope, pero tampoco se acerca á los ataques ó atrevimientos de Tirso. No sé si el retraitraimiento en que debió vivir nuestro autor por sus defectos físicos, puede ser causa del supuesto desconocimiento de la mujer; pero lo que si creo es que la de Alarcón, se acerca más al tipo real, al tipo humano. Son tres mujeres harto diferentes las dibujadas por estos tres dramaturgos : el uno, Lope, la muestra idealizada, la coloca en el cielo; el otro, Tirso, la pinta atrevida, fácil, la sitúa en el purgatorio; Alarcón la retrata tal cual es, á veces soñadora, ideal, á veces irreflexiva, la pone en la tierra.

Sería un estudio en verdad tentador el de estas tres mujeres, y aún por la importancia y el talento de su autor, se podría agregar la de Calderón. Confiemos en que la crítica psicológica acometerá un día estudio que forzosamente resultaría interesante.

Á pesar de lo apuntado, no faltan en las obras de nuestro autor, ni ternezas, ni laudatorios conceptos á la mujer. Recogeré algunas de estas filigranas, de estas delicadezas á que no llegan ciertamente los galanes de hoy.

Diosa llama á Leonor el marqués, en *Mudarse por mejorarse*, cuando le dice :

que no ignoran las deidades
los humanos pensamientos (1).

El bravo Tejedor de Segovia, hablando enternecido con su amada, tiene para ella frases tan hermosas como las siguientes :

Tú, Teodora,
¿hállaste bien salteadora?
Pero acostumbrada estás

(1) Acto II, escena II.

á robos de mas valor;
pregúntaselo á tus ojos
á quien rinde por despojos
almas y vidas, amor (1).

En *Paredes oyen,* y va el requiebro de mujer á mujer, dícele Ana á Lucrecia :

Ni yo, Lucrecia querida,
me partiera sin pasar
por tu casa, porque el ver
al pasar tu rostro hermoso,
fuese presagio dichoso
del viaje que he de hacer (2).

En la misma comedia se puede saborear la fina galantería que se notará en la observación del duque. Dice Ana :

Á medianoche esté el coche
prevenido á la carrera

replicando el noble :

Y será la vez primera
que el sol sale á medianoche (3).

Dice don Sancho, á fuer de galán, en *Los empeños de un engaño :*

Teodora, adiós; y más perlas
no vertáis, que ofenderéis
á mi amor, si las vertéis
mientras no puedo cogerlas (4).

Rebosando ternura y desbordando poético rendimiento, dice

(1) Acto II, escena II.
(2) Acto I, escena XII.
(3) Acto II, escena V.
(4) Acto I, escena X.

don Juan á doña Ana, que descubre su amor, prorrumpiendo en llanto, cuando sabe que parte su galán :

Confieso
que no esperé tal exceso
de tu corazón esquivo,
No llores, si no procura
tu llanto, señora, así
que alegre parta de tí,
pues pruebo así mi ventura.
Cesen de llover las perlas
en ese campo de rosa;
advierte que, de envidiosa
la aurora para cogerlas,
más presto amanecerá,
y dará priesa á los días
con que de mis alegrías
el fin se anticipará (1).

Sólo es de lamentar que vulgar vocablo impuesto por la tiránica rima, afee la última redondilla, que no copio, del afortunado caballero.

En *La culpa busca la pena,* tropiezo con el siguiente delicado pensamiento. Dice doña Ana, á Inés y á Lucrecia :

Dices bien : Tapaos las dos;
que yo haré como te vayas
sin conocerte, si acaso
la nube del manto basta
á eclipsar el resplandor
de los rayos de tu cara (2).

Vaya la última piedra preciosa con que engalana su corona poética, el siempre discreto y oportuno don Juan Ruiz de Alarcón.

Como Leonor notara la turbación del gracioso Campana, éste contesta con refinada cortesía :

(1) *El semejante á sí mismo,* acto I, escena X.

(2) Acto I, escena II.

¿No queréis que me turbara
luego que á veros llegué,
puesto que me deslumbré
de ver el sol cara á cara? (1).

Las anteriores citas son bastantes, entiendo, para probar que, de proponérselo Alarcón, también en este extremo hubiera podido competir con sus antecesores más galanes y corteses.

Averigüemos ahora qué opinaba el dramaturgo filósofo del amor, recogiendo á la par los consejos que da á las damas.

Aun cuando Beltrán asegura, en *El examen de maridos* que :

Toda mujer
es á engañar inclinada (2)

con lo cual parece que el autor esté predispuesto en contra de las mujeres, sin embargo, se rinde á la humana evidencia cuando dice por boca de Camacho, en *El tejedor de Segovia :*

Donde faltan las mujeres
¿qué regalo puede haber? (3)

pregunta que bien vale la más cumplida defensa del bello sexo.

Mira, en comenzando á amar
á estimar también se empieza (4)

dice el conde en la propia comedia, estableciendo, aunque lacónicamente, la diferencia entre ambos efectos, base el primero y firme sostén el segundo del matrimonio.

Legitimando prudentes celos, dice el mismo personaje :

(1) *Los empeños de un engaño*, acto I, escena II.

(2) Acto II, escena VIII.

(3) Acto II, escena IV.

(4) Acto I, escena I.

De amor
es incentivo el temor:
la seguridad lo enfría (1).

Para ponderar los rendimientos amorosos de un galán, dice en *Los empeños de un engaño,* y encierra la redondilla encantadora imagen:

Excusado es avisalle
de lo que su amor le avisa;
que de la aurora la risa
llorando le halló en la calle (2).

Sabiendo cuanto ciega el amor, pregunta Lucrecia á Mendo, en *Las paredes oyen:*

¿Es hazaña de valor
engañar á una mujer? (3)

y dando por supuesto que la pasión amorosa la rindiera, afea en los siguientes versos de *El examen de maridos,* la conducta del galán:

Corta hazaña es por amor
conquistar una mujer (4).

Vayan dos décimas que por lo robustas y sonoras acreditan una vez más á Alarcón de excelso poeta:

Petronila, más hermosa
que el alba entre nieve y grana;
cuando siembra la mañana
de clavel, jazmin y rosa,
no condenéis rigurosa
á quien vive de amor preso.
Mi disculpa está en mi exceso,

(1) Acto I, escena XIII.
(2) Acto I, escena XI.
(3) Acto II, escena XIII.
(4) Acto I, escena XIX.

y mi mérito en mi error,
que no es verdadero amor
el que no priva de seso.
Si por las partes hermosas
que en vos mi pecho venera,
animoso no emprendiera
hazañas dificultosas,
¿qué obligaciones forzosas,
qué méritos alegara?
si en lo que dirán repara
vuestro rigor, no mi amor,
que prenda de tal valor
nunca pierde, costar cara (1).

Como en todas las épocas hubo donceles asaz atrevidos, Leonor, en *Mudarse por mejorarse,* advierte á las damas que :

La que su favor no niega
al primer atrevimiento,
muestra su liviano intento
tan bien como la que ruega (2).

Pero ¿ con qué armas, si es de suyo tan débil, podrá defenderse la mujer ? El conde nos lo dice en *El examen de maridos :*

pero la honrada doncella
tiene la fuerza en la vista (3).

Amonestando á las que dan muestras de valor impropio de su sexo, pregunta don Diego á Anarda en *Los favores del mundo :*

¿Piensas que es valor tener
ese brío descompuesto?
Sólo el proceder honesto
es valor en la mujer (4)

(1) *La crueldad por el honor*, acto I, escena VII.

(2) Acto I, escena IX.

(3) Acto II, escena XI.

(4) Acto II, escena XI.

acre censura contra las que, faltas de la suavidad y dulzura que debe caracterizarlas, pretenden imponerse con varoniles desplantes.

Rebélanse varias de las damas de Alarcón contra ilícitos amores. Elvira, en *Paredes oyen*, al comprender que el monarca quiere convertirla en su amiga, exclama con altiva dignidad :

que si con tal sangre y fama
para esposa me juzgó
pequeña, me tengo yo
por grande para su dama (1).

Doña Ana, en *Paredes oyen*, rindiendo culto á la heredada honradez, y á la moral cristiana, repite el concepto en esta forma :

honra más que un rey galán
un marido labrador.
Y aunque en el Duque es forzosa
la ventaja que le doy,
grande para dama soy
si pequeña para esposa (2).

Tan encariñado está Alarcón con esta idea, que aún la repite en *La prueba de las promesas*. Doña Blanca le dice á don Juan, privado del rey :

Si os da desvanecimiento
el veros del Rey privado,
advertid que sois, don Juan
si es que os habéis parecido,
grande para mi marido
chico para mi galán (3)

Leonor nos asegura en *Los pechos privilegiados* que :

nunca un mal amante es buen marido (4)

(1) Acto I, escena VII.
(2) Acto III, escena II.
(3) Acto II.
(4) Acto II, escena XVII.

advertencia que debieran tener muy presente las mujeres casaderas, así como la siguiente que pone en boca de Leonor, en *No hay mal que por bien no venga :*

No soy tan necia
que quiera darme á entender
que estimará á su mujer
quien su mismo honor desprecia (1)

dama que debía saber lo que el marqués asegura en *El examen de maridos,* ó sea que :

las mujeres se estiman
según sus maridos (2).

Una palmaria verdad nos dice Julia, en *Los favores del mundo,* cuando afirma :

que da el amor del marido
á la mujer fortaleza (3).

Sobre la firmeza del querer, tiene Alarcón, en *Mudarse por mejorarse,* un ingenioso discreteo, quizás, en su género, de lo mejor de nuestro teatro, recogido y comentado por nuestros críticos, dividido en dos partes; la primera en el primer acto y la segunda en el tercero.

Leonor dice al galán en el primer acto :

Que ser firme, no es querer
firme el más hermoso amor:
que para amar lo mejor,
¿qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
de otra ocasión más dichosa

(1) Acto II, escena VII.
(2) Acto III, escena XVI.
(3) Acto III, escena I.

á lo que contesta el galán :

Confieso, Leonor, hermosa,
que ese es firme, pero es necio (1).

Y en el tercer acto, al decirle el galán á la dama :

Firme es sola quien desprecia
la ocasión de mejoría

contesta ella, hiriéndole con la misma daga :

Yo os confieso, don García,
que esa es firme, pero es necia (2).

¿ Qué concepto tenía del lazo conyugal quien nunca matrimonió ? Veámoslo.

Ante todo advierte á ellas la prudencia con qué deben proceder antes de decidirse por acto tan trascendental, pues :

el breve determinarse
en cosas de tanto peso,
ó es tener muy poco seso
ó gran gana de casarse (3).

En cuanto al matrimonio, y condenando de un modo claro los que sólo tienen por base el interés, dice Leonor, en *No hay mal que por bien no venga* :

Si falta el amor
sobra todo lo demás (4).

Elogia de delicado modo la igualdad de condición de los es-

(1) Acto I, escena XIV.

(2) Acto III, escena XII.

(3) *La verdad sospechosa*, acto I, escena IX

(4) Acto I, escena VI.

posos, poniendo en labios del conde, en *El examen de maridos*, estos versos :

> Pero cuando son en todo
> iguales los dos sujetos,
> no hay, si el amor los conforma,
> más paraíso en el suelo (1).

Como se habrá observado, anduve á la búsqueda de sentencias y morales consejos, á semejanza del que herboriza, encaminando mis pasos hacia las campiñas que más exhuberantes se me mostraron en diversidad de vegetales, que no quise detallar cuanto en las alarconianas selvas dramàticas se encierra, sino detenerme á recoger las saludables hierbecillas que mis codiciosos ojos descubrían. No entré en el análisis de planes, argumentos ni caracteres, porque en tal tarea emplearon su pluma doctos varones, y glosar lo ya dicho reportarme debía poca satisfacción, y á vosotros escasísimo provecho; de ahí que el fondo de estas *conversaciones* haya sido más ético que crítico, más moral que estético.

Como el herborista de mi símil, llego con el cansancio natural al fin de la jornada, más mohino que satisfecho; mohino sí, pues temo que la elección de las hierbecillas que he ofrecido al público deleite no corra parejas con el mimoso cuidado con que fueron recogidas.

Sirva esta noble confesión de disculpa, si aún, como antes dije, quedan en vuestros cerebros algunos adarmes de benevolencia.

Hora es de resumir lo mucho hablado, referente á tan culminante autor; mas para juzgar con acierto de su labor, conviene recordar que en aquel esplendoroso siglo, cuando Alarcón se encaramó á los hispanos escenarios, el pueblo sólo tenía dos fuentes de ilustración : el templo con sus sermones; el teatro con sus comedias. El sin rival mejicano advirtió que debía ilustrar á aquellas generaciones, y moral á fuer de religioso, y místico á fuer de moral, fué dando al teatro obras y obras, en las que hay religión sin gazmoñería y moral sin ñoñeces. Cada comedia suya entraña una lección; en todas hay reflejo de sanas

(1) Acto III, escena XVI

costumbres, pintura de nobles caracteres. En cuanto á la forma, toda hiperbólica alabanza sería un verdadero insulto á la veneranda memoria del ilustre corcobado. Con decir que sobrepasó á todos, desde Lope á Calderón, y que es su estilo límpido y claro, y que, según las situaciones, se muestra ora viril, ora encantador, ya discreto, ya original, pero siempre con no igualada fuerza poética, queda declarado que tiene sobrados derechos para figurar como astro de primera magnitud en el luminoso cielo del teatro clásico.

¿ Importará ello asegurar que no hay sombras en el teatro alarconiano ? No, por cierto, que no hay obra humana perfecta: mas son tantas las bellezas, y tan contados los deslices, que éstos más sirven para acrecentar aquéllas que para regatearle aplausos. Sólo por casualidad se tropieza en sus obras con alguna tilde. ¡Si fué de los pocos que se encastilló en las almenas del bien decir, sin querer cruzar el puente que podía llevarlo al gongorismo y al mal gusto!

De decir acabo que era moral á fuer de religioso y místico á fuer de moral, y para dejar en su justo punto la moralidad y la religiosidad de nuestro autor, agregar debo, tal es el efecto que en mi espíritu ha producido la lectura de sus obras, que Alarcón con su sana prédica, sin extremos místicos que mal hubieran sonado desde los movedizos tablados, sin sacar á relucir penas y castigos de ultratumba, hizo tanto bien á aquellas muchedumbres, creyentes si bullangueras, altivas y orgullosas, si temerosas de Dios, como podían hacerlo bien hilvanados sermones ó sencillos fervorines; que á veces arraigan más en las almas provechosas sentencias dichas con gracejo y como al azar, que profundos conceptos vertidos en tono austero y doctrinario (1).

Si fué censor de las costumbres de su siglo en las tablas, hay que convenir en que realizó su empeño con mesura y templanza; y si nacionales y extranjeros, una vez asoleadas sus producciones, lo diputan como el verdadero creador de la comedia de

(1) Dice el pontifice máximo de la critica moderna, don M. Menéndez y Pelayo, hablando de la genial labor dramática de Lope

« ... solo Tirso llegó á superarle en setudio de caracteres y profunda ironia, *Alarcón en fundir la intención ética con la estética, de suerte que pareciesen una misma.* »

Historia de las Ideas estéticas, tomo II, volumen II.

costumbres; si como poeta dramático no reconoce rival, y si, y esto era lo más importante para mí, las enseñanzas recogidas, aún siendo pocas, forman un verdadero código de moral educativa, dígaseme ¡por Dios! si no era empresa, aunque atrevida, tentadora, recoger tanto concepto didáctico, para que repercutiera en este recinto, templo instructivo y educativo á la par.

Señores :

Así como la novela naturalista nació en España, antes de que rusos y franceses pensaran en naturalismos; y en España nació el teatro de tesis, antes de que de él nos hablaran los pueblos del norte de Europa, así también en la península hispana nació la comedia de costumbres, garrida moza que fué después paseando sus donaires por los teatros extranjeros.

No soy ciertamente yo quien ha de otorgar coronas de realeza á quienes ya las ciñen por derecho propio; mas sépase que daré por bien empleadas mis vigilias, si popularizando el empeño doctrinal del sin par dramaturgo americano, logro que las enseñanzas recogidas, que bien estimo complemento del refranero popular, sirvan de norte y guía á las generaciones que nos suceden, esas generaciones que llevan en su entraña amor á la ciencia y en su cerebro ansias de saber.

Aún cuando advierto vuestra fatiga, no quiero terminar estas *conversaciones* sin llamar la atención sobre la evidencia de un hecho que á todos por igual nos enaltece. Mientras allá, en la vieja Europa, el chocar de las armas, el estruendo de los cañones, el relincho de los corceles, el quejido de los heridos y el llanto de los hogares enlutados, forman lúgubre barahunda que amenaza derrumbar viejas nacionalidades; mientras aquí la zozobra se pinta en no pocos semblantes, y las congojas oprimen los pechos, y las nebulosidades del porvenir enturbian no pocas mentes, no sólo la vida universitaria y estudiantil sigue tranquila su serena marcha, como queriendo olvidar la ceguera de los hombres y el crimen de lesa humanidad llamado guerra, sino que este centro docente, atento sólo á las pacíficas luchas del pensamiento, ha organizado estas públicas *conferencias*, reve-

ladoras de una sabia tendencia, digna ciertamente de aplauso.

Vosotros, jóvenes, al regresar á vuestros hogares, después de escuchada la elocuente voz de mis ilustrados compañeros, podréis decir á vuestros deudos : si antaño nuestras nacionalidades, aun vacilantes, chocaban entre sí ó internamente guerreaban, y al saberlo, las gentes sensatas de allende los mares, se encogían de hombros exclamando : ¡Cosas de Sud América!, nosotros, al contemplar hoy cómo bambolean nacionalidades vetustas, y se despedazan los hombres, podemos exclamar con mayor razón : ¡Cosas de la vieja Europa!, tan vieja que en sus chocheces no advierte que sólo la paz, la tranquilidad, el estudio y el trabajo, engrandecen á los individuos y á los pueblos.

Juntando la idea fundamental de este trabajillo mío, con la incidental que acabo de exponer, terminaré elevando preces al Altísimo para que cesen pronto los horrores de la guerra, y restablecida la calma en los espíritus, podamos todos los nacidos, cada uno en nuestra esfera, laborar en bien de nuestras respectivas patrias. Á vosotros y á nosotros, nos toca estudiar; á vosotros para aprender, y á nosotros para poderos suministrar mayor número de conocimientos.

He terminado.

Septiembre de 1914.

